BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION

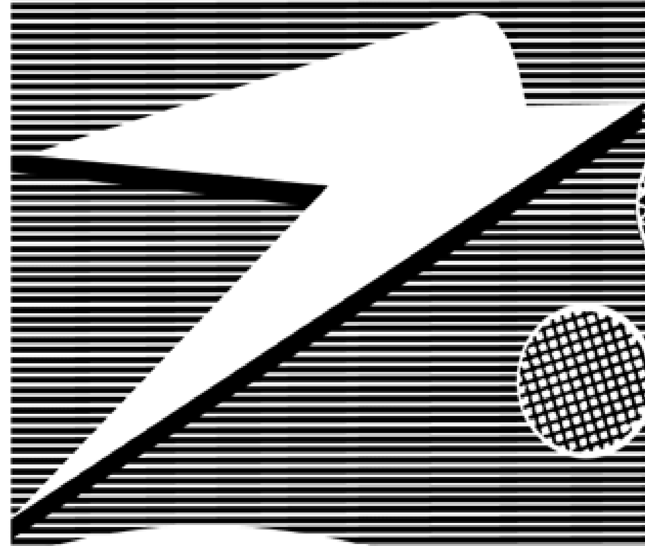
SERIE la conquista DEL ESPACIO

REYES DEL ESPACIO

CLARK CARRADOS

CIENCIA FICCION





eb

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

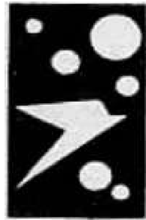
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

233 - El rey de la Tierra - *Glenn Parrish*
234 - ¡Lo que ocurrió... mañana! - *Curtis Garland*
235 - Después de la invasión - *Marcus Sidéreo*
236 - Los bicéfalos - *Glenn Parrish*
237 - Skylab-2005 - *Curtis Garland*

CLARK CARRADOS

REYES DEL ESPACIO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 238
Publicación semanal
Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 55.8350 • 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera S. A.**
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1975

CAPÍTULO PRIMERO

Una dulce melancolía invadía el ánimo de Kevor Caidin a medida que la astronave se alejaba del planeta donde había vivido largos meses y en el que había corrido extraordinarias aventuras, en unión del recién proclamado rey de Nuevo Saturno y sus Cinco Satélites, Sthuvros I.

A veces, Caidin creía que todo había sido un sueño. ¿Habían transcurrido solamente algunos meses o eran años enteros los que había pasado en Nuevo Saturno y sus cinco satélites, Hyrd, Lavith, Oeia, Thunos y Shunos? Un día, su nave había sufrido una importante avería y se había visto obligado a tomar tierra en el planeta más cercano, el cual, para su sorpresa, estaba habitado y poblado por gentes de notable civilización.

Aquella civilización, sin embargo, no podía compararse, en cierto modo con la del sistema solar. Pero los neosaturnianos eran gente hospitalaria y le acogieron con agrado y benevolencia. Aquel joven extranjero podía enseñarles muchas cosas y ellos, a su vez, estaban en disposición de traspasarle algunos de sus conocimientos.

No obstante, la paz no reinaba en el sistema planeto-satelitario de Nuevo Saturno. Había ciertos intereses y rencillas, que un sujeto avispado e inteligente trataba de limar y reducir, no tanto por provecho propio, como pensando en el porvenir de los de su raza. Sthuvros se llamaba el hombre, unos diez años mayor que Caidin, y su propósito era unificar el gobierno del sistema.

Caidin le ayudó muchísimo. Juntos corrieron extraordinarias aventuras: los mortales pantanos de Oiea, los arboles gigantes carnívoros de Shunos, los monstruosos plantígrados de Lavith, osos de un tamaño semejante al de los elefantes terrestres..., pero todas las dificultades habían sido vencidas y, al fin, los distintos jefes de tribu se habían congregado para elegir un jefe supremo.

Caidin había ayudado a Sthuvros a redactar su discurso en el que apoyaba la creación de un gobierno común. Este gobierno dejaría plena autonomía a las tribus en los asuntos internos, pero se ocuparía de la administración, planificación y ejecución de asuntos y obras que interesasen a todos los neosaturnianos en general. Sthuvros había aprobado el discurso, encontrándolo sensato y hábil.

A fin de cuentas, Sthuvros era de los pocos neosaturnianos que habían viajado fuera de aquel raro sistema planetosatelitario. Los neosaturnianos no eran demasiado aficionados a alejarse de sus pequeños mundos, pero Sthuvros había llegado incluso a la Tierra, en la que había permanecido, aprendiendo y estudiando, durante tres

largos años.

Por otra parte, el sistema de Nuevo Saturno ofrecía pocas riquezas a exploradores y comerciantes interestelares. Tal era la causa de que fuesen pocas las astronaves que aterrizaban en Valyria, la capital del planeta y del sistema. Los tripulantes de las que llegaban raramente solían ser bien acogidos y se les proporcionaba una sincera hospitalidad, como había sucedido con Caidin.

El discurso de Sthuvros tuvo la virtud de convencer a los más reacios a la unificación de los distintos gobiernos. Y quizá por ello mismo fue elegido rey por casi unánime aprobación de los delegados.

Sthuvros era hombre agradecido. Nunca olvidaría la ayuda que le había prestado aquel terrestre, tan inteligente y perspicaz pese a su juventud. Pero no sólo los viajes, sino también el estudio habían proporcionado a Caidin la experiencia necesaria y así, la redacción del discurso, un prudente programa de gobierno, le resultó algo sumamente sencillo.

Finalmente, un día, Caidin pudo dedicarse enteramente a reparar la avería de su astronave. Cuando hubo terminado, manifestó sus deseos de volver al planeta que le había visto nacer.

Sthuvros comprendió que no podía negarse a la petición de su joven amigo. Y también se dio cuenta que premiarle con honores y riquezas no sería suficiente para expresar el agradecimiento que sentía hacia Caidin.

—Te daré algo mejor que títulos o dinero —dijo, en el momento de la despedida—. Lleva siempre este medallón. Yo llevo puesto otro idéntico. No te lo quites jamás. Si un día estás en peligro, piensa en mí y pídeme ayuda mentalmente. Mi medallón, como el tuyo, en caso contrario, tomará un color rojo muy pronunciado. Si se volviese de color negro, significaría que el portador del otro medallón habría muerto.

Caidin acariciaba con los dedos el medallón, mientras, a través de una de las lucernas de su nave, ya con el piloto automático en funcionamiento, contemplaba aquel maravilloso espectáculo que era Nuevo Saturno, un planeta algo mayor que la Tierra y rodeado por un fantástico anillo multicolor, tan parecido a los del Saturno del sistema solar. Los cinco satélites, ninguno de los cuales era menor que Marte, formaban como una deslumbrante constelación de brillantes globos de varias tonalidades en torno al planeta. Era un espectáculo que los ojos no se cansaban jamás de contemplar.

El anillo de Nuevo Saturno, al contrario que sucedía en los del planeta homónimo, era una delgada lámina, lisa, separada del planeta por unos cincuenta mil kilómetros, con casi sesenta mil de anchura y de unos cuarenta kilómetros de grosor. Los colores eran rosa pálido, verde pastel y amarillo claro, una fantástica combinación cromática

que el mejor pintor no habría sabido reproducir.

Un momento bajó Caidin la vista hacia el medallón, hecho de un grueso óvalo de oro y pendiente de una recia cadena del mismo metal. En el anverso había una gran piedra de color azul claro, muy brillante, tallada con unos originales dibujos, que eran las armas del nuevo rey, Sthuvros I. La piedra era tal vez una amatista, aunque este detalle no tenía la menor importancia.

El medallón, a fin de cuentas, era un transmisor superespacial. Y sólo deseaba no tener que utilizarlo ningún día ni que tampoco Sthuvros tuviera que pensar en él nuevamente para pedirle ayuda.

Lentamente, Nuevo Saturno y sus satélites se hundieron en la negra noche del espacio. Caidin suspiró; aquella pequeña etapa de su vida quedaba atrás. Ahora se enfrentaría con otra, ya conocida: la de su rutina cotidiana de navegante y comerciante del espacio.



Transcurrieron diez años.

Caidin contaba ya treinta y cuatro. Era un hombre en la plenitud de su vigor físico y lleno de madurez. Había hecho muy buenos negocios en su profesión. Una serie de afortunadas transacciones le habían hecho ganar bastante dinero, que había invertido en la compra de una pequeña flota de astronaves mercantes. Ahora se dedicaba a dirigir sus operaciones comerciales desde su lujoso despacho, montado en un risco que caía a plomo sobre el río Colorado, en medio de uno de los paisajes más pintorescos del Gran Cañón.

No era un misántropo, pero le disgustaban las aglomeraciones. Por ello había elegido aquel lugar como residencia y lugar de trabajo. La perfección de las comunicaciones, tanto terrestres, como interplanetarias, le permitía dirigir su negocio desde allí.

Cuando se sentía fatigado, tomaba el helimóvil y se dirigía a un lago artificial cercano, en donde abundaba la pesca. Asimismo realizaba grandes caminatas para mantener los músculos elásticos. Su estado de salud y forma física eran envidiables, carecía de problemas económicos, aparentaba casi diez años menos..., pero, a veces echaba en falta aquella gloriosa época de sus aventuras en Nuevo Saturno.

Cierto día le anunciaron una visita:

—La señorita Perla Uttis —dijo su secretario.

—No la conozco —manifestó Caidin.

—Tiene interés en verle, señor. Quiere alquilar una nave para viajar a Nuevo Saturno.

Caidin arqueó las cejas. El anuncio de su secretario le había picado la curiosidad.

—Está bien, que pase.

Perla Uttis entró en el despacho momentos después. Era una hermosa joven de unos veintitrés o veinticuatro años, esbelta y con un atractivo cabello leonado, que caía en largas ondas por su espalda. Tenía los ojos grises, extrañamente claros y, aun calzándose con unas simples sandalias sin tacón, era fácil advertir su aventajada estatura.

—Siéntese, señorita Uttis —dijo Caidin—. ¿Quiere tomar algo?

—Café, por favor —rogó la muchacha.

—Muy bien.

Caidin preparó dos tazas de café rápido en una máquina. Entregó una a la bella visitante y se quedó con la otra.

—Puede empezar a hablar, señorita —invitó.

—Quiero alquilar una de sus naves. Incluso la suya particular, señor Caidin —dijo Perla.

—Para viajar a Nuevo Saturno.

—Sí.

—¿Puedo conocer los motivos?

—Mi madre ha muerto recientemente. Antes de morir, me dijo que volviera allí.

Caidin arqueó las cejas.

—Usted no es neosaturniana —alegó.

—No, pero mi madre me dijo que fuese allí...

—¿Por qué?

—Perdón, señor Caidin; no puedo expresarle mis razones —contestó Perla secamente.

—Siento haberla molestado, pero, en los actuales momentos no dispongo de ninguna astronave libre, señorita Uttis.

—¿Qué me dice de su nave particular?

—No está disponible.

—Tengo dinero. Puedo pagar...

—No es cuestión de dinero, señorita.

Perla se puso en pie.

—Mi madre estaba engañada —manifestó.

Caidin arqueó las cejas.

—No entiendo —dijo.

—Mi madre aseguró que usted era el único hombre en quien podía confiar para ir a Nuevo Saturno. No me dio razones, claro, pero su palabra me bastó para venir aquí. Lamento haberle molestado, señor Caidin.

—Un momento, señorita. Nunca he conocido a una señora Uttis...

—Ella tampoco le conocía a usted, pero alguien le mencionó su nombre. Por eso me envió a verle.

—¿Quién mencionó mi nombre a la señora Uttis?

—Lo siento. Dispense las molestias que le he causado. Adiós,

señor Caidin.

La muchacha salió del despacho. Caidin se quedó lleno de perplejidad.

¿Por qué semejante empeño en viajar a Nuevo Saturno?, se preguntó.

Los recuerdos de tiempos idos afloraron de nuevo a su mente. Casi tenía ganas de volver nuevamente a aquel planeta donde había transcurrido una maravillosa época de su vida. Aventuras, riesgo... y mujeres hermosas. Y no se podía dejar de pensar tampoco en el vino neosaturniano, un auténtico néctar de dioses.

Maquinalmente, acarició el medallón con las yemas de los dedos. Estaba ya tan habituado a él, que se pasaban los días enteros olvidándose de que pendía de su cuello.

De pronto, creyó notar cierto calorcillo en la joya. Bajó la vista.

Palideció.

El purísimo color azul de la piedra era ahora rojo sangre.

¡Sthuvros necesitaba nuevamente su ayuda!

CAPÍTULO II

Llamó a la puerta. Esperó unos momentos. Al cabo, se abrió.

Perla Uttis alzó sus bien delineadas cejas al reconocer a su visitante.

—¿Puedo pasar, señorita Uttis?

Ella se echó a un lado.

—Por supuesto —accedió—. ¿Ha variado de modo de pensar?

—En cierto modo —sonrió Caidin—. ¿No me pregunta cómo he encontrado su casa?

—Tuve que dar a su secretario el nombre y la residencia. ¿Café?

—¿Brandy no?

Perla dulcificó su gesto.

—¿Le gusta beber?

—A veces. —Mientras ella servía la copa, Caidin dijo—: He decidido viajar a Nuevo Saturno. Hay una plaza en mi astronave privada para usted, señorita Uttis. Gratuita, por supuesto.

—Tengo dinero...

—Olvide el dinero —cortó él—. A cambio, dígame una cosa.

—¿Sí?

—¿Quién es la persona que mencionó mi nombre a la señora Uttis?

—Lo siento. Ella me dijo que no lo revelase sin la autorización del interesado.

Caidin tomó un sorbo de brandy. No importaba, se dijo; el viaje a Nuevo Saturno llevaría algunas semanas. Viajarían los dos solos en la nave. Tarde o temprano, Perla acabaría por franquearse con él.

—Muy bien, respeto sus razones para guardar silencio, pero, ¿no puede decirme, al menos, por qué va a Nuevo Saturno?

—Tengo que hacerme cargo de una herencia.

—¡Caramba! ¿Ha muerto algún pariente cercano suyo allí?

—No, pero la herencia existe.

—Está bien. No insistiré más. Señorita Uttis, ¿sabe que es muy probable que corra serios peligros en Nuevo Saturno?

—No importa. Afrontaré todos los riesgos. —Perla sonrió—. Soy fuerte y poseo una musculatura engañosa. Hago deporte a diario, ¿comprende?

Caidin la miró de pies a cabeza. Sí, era una muchacha fuerte y robusta, sin mengua de su esbeltez.

Perla vestía ahora una blusa muy ajustada, sin mangas, y pantalones cortos. Como en la primera ocasión, calzaba sandalias sin tacón.

—Diana cazadora —murmuró Caidin—. Sólo le faltan el arco, la aljaba con las flechas, el cervatillo…

—¿Decía? —inquirió la muchacha.

—No, nada. De modo que su madre murió y usted va a recoger la herencia.

—Sí. Mi madre murió asesinada.

Caidin respingó.

—Oiga…

—Tengo veinticuatro años. Mi madre contaba cuarenta y tres al morir. Éramos muy parecidas. La confundieron conmigo.

—Lastimoso. ¿Tiene alguna idea de quién puede ser el asesino?

—No. Ella tampoco. Me lo habría dicho, en tal caso.

—¿Qué arma empleó el asesino?

—Una flecha de punta triple. Pedí a la policía que me permitieran conservarla. Ahora se la enseñaré.

Perla fue al interior del departamento y volvió a los pocos instantes con el proyectil en las manos. Caidin hizo un gesto de aquiescencia.

Conocía aquella clase de flechas. El astil, largo, era acanalado doblemente y terminaba en tres puntas muy finas, en realidad, estiletes de unos ocho centímetros de largo, con remate de arponcillo. Cada punta se prolongaba en un vástago de unos veinte centímetros, los cuales se unían luego al astil acanalado, cuya longitud era de unos noventa centímetros.

También conocía los arcos: cortos, pero de increíble potencia. Un arquero bien entrenado podía disparar una de aquellas flechas, con casi matemática precisión, a doscientos pasos de distancia.

—¿Dónde estaba su madre cuando recibió el disparo fatal? —preguntó.

Perla señaló una ventana con la mano:

—Allí.

Caidin se aproximó a la ventana. Las dos mujeres vivían en una residencia campestre, situada en la parte media de la ladera de una frondosa loma. Había numerosos arbustos en la vecindad, donde un arquero podía esconderse con serias garantías de éxito.

—Ella leía junto a la ventana —explicó Perla—. Tenemos climatización ambiental, pero preferimos las ventanas abiertas.

—Es lógico. Nada se puede comparar a una ventana abierta en pleno campo —sonrió Caidin. De pronto, ordenó—: Apártese de la ventana, rápido.

Perla obedeció maquinalmente. Un segundo después, algo entró en la habitación, zumbando horriblemente, y fue a clavarse en la pared opuesta.

La muchacha gritó. En el mismo instante, Caidin se tiró de cabeza

a través de la ventana. Cayó sobre las manos, flexionó los brazos, volteó sobre sí mismo y se levantó de un salto, para lanzarse a toda velocidad ladera abajo.

Los matorrales situados a cien pasos se agitaron. De pronto, Caidin se desvió a un lado.

Zumbó una segunda flecha trifoliada. El arquero se irguió convulsivamente, a la vez que se esforzaba por poner el tercer proyectil en la cuerda del arco.

Caidin seguía corriendo. La cuerda se tensó. Entonces, una masa de ochenta y cinco kilos, lanzada con terrible ímpetu, cayó sobre el emboscado.

Se oyó un grito de dolor. El asesino salió disparado hacia atrás por la violencia del impacto, y chocó contra el tronco de un roble. Caidin oyó un horrible chasquido de huesos.

Había rodado por el suelo en el momento del choque, pero se levantó con la agilidad de un gato. Miró al emboscado; yacía en el suelo, con la boca torcida y los ojos desmesuradamente abiertos.

Perla bajaba corriendo. Caidin recogió el arco y las flechas.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la muchacha.

—Yo, sí. El que no está nada bien es el otro.

Perla sintió un escalofrío.

—Ha muerto —murmuró.

—Choqué con él con demasiada fuerza. Se partió la nuca por el impacto.

—Habrá que avisar...

—¡No!

La casa estaba relativamente aislada. En alguna parte, pensó Caidin, debía de haber un helimóvil aguardando a alguien que ya no volvería.

—No avise a la policía —dijo—. A fin de cuentas, ese sujeto está muerto. Traería complicaciones, aunque, a la postre, resultaríamos exculpados. Pero nos vamos a ir ahora mismo, ¿comprende?

Perla hizo un gesto de aquiescencia.

—Parece ser que ahora querían corregir el error de la vez anterior —comentó.

—No le quepa duda. Y nuestro problema, a partir de este momento, va a consistir en evitar las ocasiones de que puedan corregir la primera equivocación. Por lo visto, hay alguien que no desea que usted viaje a Nuevo Saturno.

—Eso es lo que yo pienso, pero no se me ocurre quién pueda ser —respondió Perla.

—¿De veras no conoce a nadie allí?

La muchacha vaciló ligeramente.

—No —contestó.

Pero Caidin sabía que mentía.

¿A quién conocía Perla en Nuevo Saturno?



Una vez más contempló el color rojo sangre de la piedra.

El transmisor superespacial había funcionado a lo largo de incontables billones de kilómetros, infinitamente más rápido que los transmisores convencionales, puesto que, al fin, el medallón recibía el influjo de la mente de una persona.

Y el pensamiento podía llegar instantáneamente a los más remotos rincones de la Galaxia.

¿Qué peligros acechaban a su buen amigo Sthuvros?, se preguntó Caidin, mientras, en el helimóvil y con Perla a su lado se dirigía hacia el astropuerto.

Sí, el pensamiento llegaba a Nuevo Saturno en fracciones de segundo, pero la nave tardaría varias semanas. Caidin empezó a pensar en la conveniencia de hacer el viaje en hibernación, pero, en tal caso, corrían el riesgo de ser atacados sin poder defenderse.

Viajarían despiertos, él, por lo menos. Si Perla quería dormir durante el viaje, no le negaría la petición.

Llegaron al astropuerto. Mitch Fuller, su jefe de personal técnico, salió en persona a recibirle.

—La nave está revisada hasta el último tornillo —informó—. Generadores en orden, con carga máxima; repuestos en su sitio, provisiones para medio año y elementos de distracción suficientes para ocho semanas.

Caidin sonrió.

—Gracias, Mitch. Me gustaría volver pronto, pero no puedo fijar una fecha para el regreso —dijo—. Jerry London se ocupará de dirigir el negocio en mi ausencia; ya he hablado con él.

—Está bien. Buen viaje, jefe.

Caidin y la muchacha subieron a la nave. Ya en la cabina, Caidin dijo:

—Tardaremos seis semanas en llegar a Nuevo Saturno. ¿Quiere hibernar para no aburrirse?

—No, gracias; me horroriza la idea de dormir tanto tiempo seguido —sonrió Perla.

—Muy bien, a su gusto.

Caidin revisó el panel de mandos. Todas las luces tenían color verde. La nave estaba dispuesta para partir.

Antes de presionar la tecla de arranque, se le ocurrió mirar el medallón.

El color rojo de la piedra había sido sustituido ahora por un negro brillante, de lúgubre significado.

«¡Sthuvros ha muerto!», pensó.

CAPÍTULO III

Una luz ámbar centelleó en el cuadro de mandos.

—Prepárese, Perla —dijo Caidin.

—¿Qué sucede? —preguntó la muchacha.

—Hemos rebasado los límites del sistema solar. Estamos al alcance de la estación multiplicadora de energía, que nos lanzará al subespacio.

—Ah, ya entiendo.

—En pocos minutos, habremos salvado un montón de años luz. Luego saldremos de nuevo al espacio normal, en la vecindad, relativa, claro está, de otra estación multiplicadora. Esta nos hará dar un segundo salto y así, sucesivamente, hasta que nos encontremos a distancia planetaria de nuestro punto de destino.

—Comprendo lo que acaba de decir, pero lo que nunca he entendido es cómo se pueden recorrer distancias tan enormes en un período de tiempo cortísimo —dijo la muchacha.

—Bueno, eso tiene una explicación, un tanto simple, ésta es la verdad —contestó Caidin—. Usted y yo viajamos de la Tierra a Nuevo Saturno y nos movemos en una especie de línea recta, sobre un plano espacial. Pero así no llegaríamos nunca. Imagínese dos puntos, situados uno sobre otro, pero ambos en las dos caras de una cuartilla. Usted viaja sobre una de las caras y tiene que dar la vuelta sobre la otra para llegar al segundo punto. Supóngase ahora que hay un agujero en el lugar que ocupan esos puntos y que usted lo utiliza para ahorrarse toda esa caminata a lo largo de las caras del papel. ¿Lo entiende ahora?

—Perfectamente —sonrió Perla—, ¿Cuándo entramos en el agujero?

—¡Ahora!

De repente, todas las estrellas dejaron de ser visibles.

Perla miró a través de las lucernas. Delante de ella no había sino una lechosa claridad, más bien penumbra, sin ningún detalle de relieve. La nave estaba —o al menos le pareció— absolutamente inmóvil.

Pasó un cuarto de hora. Las estrellas reaparecieron súbitamente.

—Primer salto, sin novedad —exclamó Caidin alegremente.

Pero un segundo más tarde, empezó a tañer una campana de alarma en el interior de la nave.

—¿Qué pasa? —preguntó Perla, asustada.

—Algo ha fallado —contestó él, con las facciones contraídas—. Me parece que nos estamos acercando, y no lentamente, a un cuerpo

celeste... ¡Mírelo, ahí está!

Lanzada a una velocidad apenas inferior a la de la luz, la astronave se precipitaba hacia un cuerpo celeste, surgido casi repentinamente en el espacio, y cuya imagen, por el consiguiente efecto óptico, se agrandaba con enorme rapidez.

Caidin comprendió que se había producido un error en los cálculos del salto subespacial. No creía haber sido él, ya que las operaciones eran realizadas, en su mayor parte, por la estación multiplicadora de energía; pero, como fuese, estaba obligado a afrontar la situación y buscar por todos los medios evitar una catástrofe irreparable.

—Perla, pegue la espalda a su sillón —dijo.

La muchacha obedeció en el acto. Caidin tocó dos teclas en el panel de mandos.

Instantáneamente, los trajes antideceleración se ciñeron estrechamente en torno a sus cuerpos, cubriéndoles en su totalidad, salvo los ojos y la nariz. Caidin manejó otros controles.

El frenazo fue brutal, cuando los chorros de deceleración entraron en funcionamiento de golpe. Era la única solución que había para escapar con vida.

El cuerpo celeste —¿planeta, satélite?—, estaba ya terriblemente próximo. En el momento de surgir al espacio normal, la nave volaba a la terrorífica velocidad de doscientos noventa mil kilómetros por segundo.

Los trajes de frenado salvaron sus vidas. Perla creyó morir cuando se sintió lanzada hacia delante. Algo surgió en su casco y oprimió con relativa blandura sus globos oculares, evitando así que, literalmente, saltaran de sus órbitas.

Se oyó un sordo zumbido. La nave había entrado en la atmósfera del planeta. En su interior se produjeron una serie de terribles sacudidas. Sonaron alarmantes ruidos de cosas que se rompían y reventaban. Caidin se sentía acometido por una agonía sin límites.

La nave continuaba frenando. Caidin sabía lo que le iba a costar salvar las dos vidas.

El suelo se aproximó con notable velocidad. Pero los retrofrenos continuaban funcionando satisfactoriamente.

Un sensor barométrico hizo que se desplegasen automáticamente las aletas de sustentación. La velocidad continuaba decreciendo, pero todavía era muy elevada.

Caidin no quiso sacar el tren de aterrizaje; podía resultar incluso contraproducente. Lo mejor era aterrizar de panza; la nave podía darse ya por perdida.

Como disparada por un obús gigantesco, la nave entró en un bosque de árboles gigantescos, que tronchó como simples cañas. Tras

cruzar la arboleda en cuestión de segundos, alcanzó una extensa llanura de suelo rojizo.

Luego se produjo el impacto. La nave saltó y rebotó espantosamente, dejando atrás trozos enteros de la estructura. Al fin, después de unos momentos de angustia, el enorme aparato se detuvo a poca distancia de un conjunto de rocas rojas y ocres, que alcanzaban en ocasiones centenares de metros de altura.

Caidin se sentía medio muerto. Apenas si tuvo fuerzas para tocar las teclas de desconexión de los trajes protectores. Hizo un esfuerzo y volvió la cabeza. Perla tenía la suya apoyada contra el pecho. Sangraba ligeramente por la nariz, pero su pecho se movía con regularidad.



Perla abrió los ojos y se sorprendió enormemente al verse tendida en el suelo, fuera de la nave. Caidin salía en aquel momento, cargado con un gran bulto.

—Hola —llamó con voz débil.

Caidin se volvió y sonrió.

—Ha salvado la vida —dijo—. Siga así un buen rato; le conviene descansar.

—Juraría que hemos estado a punto de morir —contestó ella.

—Como se decía antiguamente, nos hemos salvado por el grueso de un papel de fumar. Aguarde un poco, en seguida le llevaré café con unas gotas de licor.

Perla se dio cuenta de que el joven sacaba diversas partes de los equipos de subsistencia al exterior. Reclinándose sobre un codo, paseó la mirada por los alrededores.

El lugar parecía completamente desierto. No lejos de allí vio una corriente de agua. El bosque de los árboles gigantescos quedaba a unos tres kilómetros de distancia.

Caidin vino a poco con una taza humeante.

—Conviene que sepa la verdad cuanto antes —dijo.

—Hable, no soy una chica que se amedrenta fácilmente —declaró Perla.

—Hemos salvado la vida, es cierto, aunque a costa de haber derrochado la mayor parte del combustible en las maniobras de frenado. La astronave, por otra parte, ha sufrido gravísimos desperfectos. Ya no sirve para otra cosa que como albergue, hasta que vengan a socorrernos, cosa que dudo suceda.

—¿Se han estropeado también los transmisores?

—Dos funcionan ya automáticamente, pero tengo la seguridad de

que sus llamadas serán interferidas.

—¿Cómo? ¿He de admitir que el accidente fue provocado?

Caidin asintió.

—Mientras usted permanecía inconsciente, he consultado la carta estelar. Estamos en Wiklos, un planeta aislado de un sistema solar del que es único componente; quiero decir que se trata de un sistema con una sola estrella y un solo planeta. La estación multiplicadora más cercana se encuentra a siete años y medio…, años luz, por supuesto. Estas son las noticias que he de darle, excepto que no nos faltan armas ni comida. Pero podemos considerarnos como náufragos en un planeta deshabitado, al menos, en lo que se refiere a seres inteligentes.

Perla sorbió su café. Luego se sentó en el suelo, sobre las mantas que le habían servido de lecho durante su desmayo.

—Lo cual significa que corremos el riesgo de no llegar nunca a Nuevo Saturno —dijo.

—Por lo menos, estamos vivos, que no es poco. Pronto anochecerá; por fortuna, este planeta tiene un ciclo terrestre. Mañana empezaremos a estudiar la forma de salir del atolladero en que nos encontramos.

Caidin movió la cabeza.

—Cuando yo estuve, no había notarios, pero si ahora los hay en Nuevo Saturno, el suyo tendrá que aguardar para entregarle la herencia —añadió.

—No sé si es notario o no —dijo Perla—. Se llama Shod-Uyus y eso es todo lo que sé, salvo que reside en la capital. ¿Lo conoce usted?

—No, nunca he oído ese nombre —contestó Caidin—. ¿Es el hombre que debe entregarle la herencia?

—Al menos, es el nombre de la persona a quien me recomendó mi madre antes de morir. Dijo que Shod-Uyus me entregaría la herencia. No sé más, señor Caidin.

—Llámeme Kevor, por favor —sonrió él—. O, si lo prefiere, Kevie, es el diminutivo que me dan mis escasos amigos.

—Sí, Kevie. Con toda sinceridad, dígame una cosa: ¿cree que tenemos posibilidades de salir de aquí?

Caidin hizo un gesto negativo:

—El que alteró las emisiones potenciadoras de energía nos envió, por decirlo así, a un sector espacial donde las astronaves son tan escasas como los higos chumbos en las zonas polares de la Tierra —contestó significativamente.



Amaneció. Caidin despertó cuando ya los rayos del sol de Wiklos

le daban en la cara.

Se sentó en el suelo y se frotó los ojos. Entonces se dio cuenta de que Perla no estaba a su lado.

A cincuenta pasos de distancia, oyó una voz melodiosa que entonaba una canción que no había oído hacía diez años. Caidin frunció el ceño. ¿Cómo conocía Perla la *Balada de los cazadores de osos gigantes?*

Se puso en pie. Perla estaba bañándose en el arroyo. Encendió el hornillo eléctrico y puso agua a calentar.

La muchacha vino poco más tarde. Se había cambiado de ropa y ahora llevaba una blusa escotada y pantalones cortos. En torno al cuello llevaba una cadena de oro, bastante gruesa, cuyo final se ocultaba entre los senos.

—Tenía ganas de darme un baño —sonrió Perla.

—El desayuno estará listo dentro de unos minutos —dijo Caidin —. Perla, ¿le importa que le haga una pregunta?

—Por supuesto, Kevie.

—He oído la melodía que cantaba hace unos momentos. ¿Dónde la aprendió?

—Me la enseñó mi madre. ¿Por qué quiere saberlo?

—No es una canción terrestre, Perla.

Ella se sorprendió enormemente de aquellas palabras.

—¿Seguro, Kevie?

—Segurísimo, Perla.

La muchacha se acuclilló en el suelo.

—En tal caso, ¿dónde la aprendió mi madre? —murmuró, muy pensativa.

—Seguramente, en el mismo sitio donde consiguió el medallón que lleva usted bajo la blusa.

Perla tomó con dos dedos la cadena y extrajo el medallón.

—La piedra era azul, pero, de pronto, se tornó roja y luego negra —dijo—. ¿Qué significa eso, Kevie? Mi madre me entregó el medallón antes de morir, pero no tuvo tiempo de explicarme nada. Sólo me dijo que fuese a Nuevo Saturno y que Shod-Uyus me entregaría la herencia. ¿Qué hay de enigmático en todo esto, Kevie?

Caidin no tuvo tiempo de contestar. A corta distancia de ellos, empezó a tañer una campana de alarma.

CAPÍTULO IV

Caidin se puso en pie.

—Viene alguien —dijo.

—Una nave de rescate —exclamó Perla alegremente.

—Olvídelo. La nave de rescate no habría tenido tiempo de llegar. Yo diría más bien que se trata de una nave, en la cual viajan unos individuos, cuya misión consiste en cerciorarse de que hemos muerto.

Perla exhaló un gemido de horror. Caidin agarró una pistola y la colgó de su cinturón. En su equipo figuraba un cuchillo de caza, con el que se hizo una incisión en el antebrazo izquierdo.

—¿Quiere suicidarse? —gritó la muchacha.

—Al contrario; trato de preparar una trampa a los que vienen a matarnos. Bueno, en realidad, buscan matarla a usted, pero como yo estoy a su lado...

Caidin enfundó el cuchillo. Con la mano derecha, agarró una bolsa y se la lanzó a la muchacha.

—Vaya hacia las rocas —ordenó—. El detector indica que la nave está todavía en las capas altas de la atmósfera.

Perla obedeció sin comprender muy bien las intenciones de su acompañante. Mientras, Caidin caminaba hacia el río, procurando dejar un reguero de gotas de sangre.

Al llegar a la orilla, sacó un pañuelo y se vendó la herida. Luego corrió hacia las rocas.

—Lista la trampa —sonrió—. Abra la bolsa y saque desinfectante regenerador.

Perla curó la incisión. Ahora estaban los dos ocultos tras una enorme piedra, a doscientos pasos del campamento y de la nave.

Transcurrió media hora. Algo chispeó en las alturas.

—Ya bajan —dijo Caidin.

Quince minutos más tarde, una astronave tomaba tierra lentamente, sustentada por sus propulsores anti-gravitatorios. Cuatro hombres armados saltaron inmediatamente al suelo.

—Perla, prepárese —avisó él en voz baja—. Cuando yo le diga, corra conmigo como si tuviese alas en los pies.

—Está bien. Kevie, esa nave es muy parecida a la suya...

—Un poco mayor, pero del mismo tipo.

—¿Conoce a esos hombres?

—No, pero voy a darles un disgusto.

De pronto, uno de los recién llegados lanzó un grito. Los demás, que se habían desperdigado por la llanura, corrieron a reunirse de nuevo con el que les llamaba.

—Ya han encontrado los rastros de sangre —sonrió Caidin.

Los cuatro hombres caminaban ahora hacia el río, siguiendo el camino trazado por una persona supuestamente herida y en apuros. Dado que Wiklos estaba desierto, los recién llegados suponían que la sangre pertenecía a Caidin o a la muchacha.

De pronto, Caidin agarró la mano de Perla.

—Vamos —dijo, sin levantar la voz.

Descendieron del roquedal y echaron a correr, trazando un amplio semicírculo, a fin de llegar a la nave por el lado opuesto. Luego, Caidin se asomó.

Los cuatro hombres llegaban al río en aquel momento. La corriente no era tan ancha que no se pudiera vadear sin excesivas dificultades. Caidin supuso —y deseó—, que continuaran su exploración.

Lentamente, dio la vuelta a la nave. Sí, allí estaba la escotilla abierta y la escala a punto.

Pistola en maño, corrió hacia la escala. Perla le seguía a un solo paso de distancia. Caidin subió los peldaños de dos en dos. Cuando ya entraba en la nave, apareció un tipo que le miró con infinito asombro.

Caidin no le dejó reaccionar. Puso la pistola sobre su frente y le hizo una advertencia:

—Si te mueves o gritas, eres hombre muerto. ¿Has comprendido?

—Sí —contestó el individuo.

—¿Hay más gente a bordo?

—No.

—Estupendo. Dime una cosa: ¿quién os ha mandado venir aquí?

—Kanix, de Thunos, pero ahora está en la capital del sistema.

—¡Thunos! —repitió el joven explosivamente. Pero, de súbito, se dijo que no podía perder tiempo en interrogatorios que bien poco le iban a resolver—. Vamos, lárgate.

El sujeto corrió hacia la escotilla. Caidin aceleró su salida, mediante la ayuda del pie derecho en sus posaderas. Sonó un grito de rabia, proferido por el individuo al verse lanzado al aire de mala manera.

A la derecha de la escotilla, en el interior, estaba el mando de cierre. Caidin le dio un golpe. La escalera empezó a replegarse en el acto.

Junto al río, cuatro hombres se dieron cuenta de que algo ocurría en su nave. Demasiado tarde advirtieron la trampa en que habían caído. Corrieron hacia la astronave, pero antes de alcanzarla la vieron elevarse lentamente.

Lanzaron gritos de desesperación y agitaron frenéticamente los brazos, pidiendo ser recogidos de nuevo, pero Caidin no estaba en aquellos momentos para sentimentalismos.

—Se quedarán ahí para siempre —dijo Perla.

Caidin se encogió de hombros.

—Los tipos que aceptan la clase de encarguitos que esos iban a ejecutar con nosotros, deben estar dispuestos a apechugar con las consecuencias de su trabajo. Buenos sueldos, tal vez, pero también riesgo de morir.

Hay otra clase de trabajos mucho menos peligrosos, ¿comprende?

Perla asintió. Realmente, no podía reprochar nada a Caidin.



La nave volaba a enormes velocidades. Caidin contemplaba los instrumentos de cuando en cuando.

—Estamos a muy poca distancia de Nuevo Saturno —dijo.

—¿Cuánto? —preguntó la muchacha.

—Un día, a lo sumo. Ya estoy decelerando.

Perla se reclinó en su asiento y cruzó los brazos bajo su seno.

—Me pregunto quién es ese Kanix, de Thunos —dijo.

—Tengo vagos recuerdos de un subjefe de tribu con ese nombre y precisamente oriundo del cuarto satélite de Nuevo Saturno, pero no me atrevería a asegurarlo con firmeza —contestó Caidin.

—Usted conoció a mucha gente en este sistema, ¿no es así?

—En efecto, pero tenga en cuenta que a las reuniones preparatorias para la elaboración de nuevas leyes de gobierno, asistían decenas de jefes y subjefes de tribu. Oiea, el tercer satélite, por ejemplo, sólo tenía dos tribus, lo que significaba cuatro delegados. El quinto satélite, Shunos, por contra, tenía cuarenta y tantas tribus. Francamente, no puedo recordar a todos.

—Kanix pudo haber sido uno de los destacados.

—Quizá ha destacado más tarde. Pero hay una cosa que me preocupa.

—¿Sí, Kevie?

—Los neosaturnianos no eran muy aficionados a viajar por el espacio. ¿Cómo llegaron aquéllos tan lejos? Apenas habíamos descubierto la primera etapa desde la Tierra...

—Sin contar con los arqueros que sí desembarcaron en la Tierra —dijo Perla—. Aunque puede que fuese sólo uno, pero esto no importa demasiado, creo.

—No, no importa. Verdaderamente, ya tengo ganas de llegar a Valyria y conversar con Shod-Uyus. Quiero saber qué pasa y quién y por qué ha matado a mi amigo el rey.

—Dentro de veinticuatro horas, todas sus dudas habrán sido aclaradas —vaticinó la muchacha.

El telescopio permitía ya ver el curioso sistema planetosatelitario, brillando en lo que parecía un pozo de infinita negrura, manchado aquí y allá por las chispas de luz de las estrellas. El resto del viaje, tras la partida de Wiklos, se había realizado sin ningún incidente.

Doce horas más tarde, alcanzaron las inmediaciones de Shunos, el quinto satélite del sistema. De súbito, Caidin concibió una idea.

—Perla, vamos a tomar tierra en Shunos —dijo.

—¿Por qué? —preguntó la muchacha.

—He recordado algo que creía olvidado para siempre. Durante las deliberaciones, trabé amistad con una matriarca. Era joven y bastante guapa; creo que habría sido mi esposa, de habérselo pedido, pero yo sólo pensaba, en aquellos momentos, en volver a la Tierra. Me gustaría hablar con ella antes de llegar a Valyria.

—Está bien. Si lo cree conveniente...

—Azelia tenía veintidós años entonces —dijo Caidin evocadoramente—. Y ya era jefe de su tribu. Por herencia, claro.

Lanzó un suspiro. Lo que había habido entre él y la hermosa Azelia era algo que un hombre discreto no divulgaría jamás.



La nave se posó lentamente en el suelo, a corta distancia de un bosque de árboles de gran altura, con unas ramas extrañas que caían desde lo alto hasta rozar el suelo. Las ramas tenían sección cilíndrica y parecían flexibles, casi como tentáculos de un gigantesco cefalópodo. Terminaban en otras ramas más pequeñas y, cerca del suelo, les brotaban unas flores de enormes pétalos y vivísimos colores.

Perla saltó al suelo.

—Un lugar encantador —dijo—. Voy a coger unas cuantas flores...

—¡No lo haga!

Ella se volvió hacia Caidin.

—Son muy hermosas —dijo.

—Levante los ojos y mire hacia lo más alto de los árboles. ¿No ve nada?

—No sé... Parece como una especie de hueco en la copa...

—Es la entrada al estómago de la planta carnívora.

Perla se puso pálida.

—Planta carnívora —repitió.

—Exactamente. No ya rozar las ramas que cuelgan, sino, simplemente, pasar a cinco o seis metros de distancia, es suficiente para que esos tentáculos se disparen y alcancen a su presa. La persona o el animal que son atrapados por una de esas plantas no tienen

salvación, créame.

—Lo siento —se disculpó la muchacha contritamente.

Caidin sonrió.

—No tiene importancia —dijo—. A mí también me pasó algo parecido la primera vez que estuve en Shunos. ¿Vamos?

Ella asintió. Ya se disponían a romper la marcha, cuando, de repente, sonó un agudo grito en las inmediaciones.

Una mujer surgió de la espesura. Corría desesperadamente y su vestimenta de pieles parecía en muy mal estado. El pelo estaba suelto y daba la sensación de huir de algún grave peligro.

Casi en el mismo instante, dos hombres armados aparecieron detrás de la mujer. Aunque llevaban arcos, que disparaban aquellas mortíferas flechas trifoliadas, también usaban unas raras pistolas, que pendían de sus cinturones.

Los dos sujetos se detuvieron unos instantes, sorprendidos por ver una astronave en un lugar donde no lo habían sospechado siquiera. En cuanto a la mujer, presintió que los dos extranjeros podían salvarle y corrió hacia ellos.

Caidin sacó su pistola.

—Al suelo, Perla —dijo.

La muchacha obedeció en el acto. Uno de los guerreros sacó una flecha de la aljaba y la puso en la cuerda de su arco.

Caidin disparó primero. El proyectil alcanzó al hombre en pleno pecho y lo derribó fulminado.

Su compañero retrocedió instintivamente unos cuantos pasos. De repente, unos largos tentáculos se dispararon hacia él.

Sonó un terrible alarido. Dos poderosos tentáculos, tan gruesos como la pantorrilla de un hombre, se enroscaron en torno al cuerpo del guerrero, que se debatía frenéticamente, convencido de su horrible suerte. Los tentáculos empezaron a replegarse hacia lo alto, arrastrando a su presa.

—Kevie, dispare; no le haga sufrir —pidió la muchacha.

Caidin apuntó con la pistola. De pronto, un manotazo le dejó sin arma.

—¡Que muera devorado por la planta! —exclamó la nativa, con ojos llameantes de indignación—. Debe sufrir la misma suerte que ellos me reservaban a mí..., después de que hubieran saciado sus torpes instintos.

Los alaridos del guerrero eran espantosos. Perla se tapó los oídos primero; luego se volvió de espaldas, para no ver el fin del desdichado.

De pronto, oyó un leve gorgoteo. Los gritos del individuo cesaron bruscamente. Un penetrante olor se expandió por la atmósfera, dulzón y repulsivo al mismo tiempo.

CAPÍTULO V

Caidin contempló durante unos instantes a la nativa. Era una hermosa muchacha de unos veinte años, fuerte y robusta y de pelo casi amarillo. Con instintivo gesto de pudor, trataba de sujetar las pieles que cubrían su pecho, rasgadas momentos antes por unas manos codiciosas.

—Me has salvado la vida, extranjero —dijo la nativa—. Nunca lo olvidaré.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Caidin.

—Tadia, hija de Tadaio y de Nilia. Vivo en...

—Sí, me imagino dónde vives. ¿Quiénes eran esos guerreros?

—Hombres de Kanix. Vinieron con unos cuantos más para cobrar los impuestos. El Gobierno de Kanix ha elevado los impuestos de una manera exorbitante. Dice que se necesita dinero para hacer frente a no sé qué gastos extraordinarios. Nosotros no queremos pagar más impuestos.

—Eso ha sucedido siempre en todos los países y en todas las épocas —sonrió Caidin—. Pero, además de dinero, esos guerreros buscaban otras cosas.

Tadia enrojeció.

—Ese es uno de los motivos por los cuales se odia tanto a los soldados de Kanix —dijo.

—Está bien. De todas formas, nosotros no hemos venido aquí a discutir problemas de política interna. Queremos hablar con Azelia, es decir, si continúa siendo la matriarca.

—Lo es, pero ahora no está en Shunos —contestó Tadia.

Caidin emitió una interjección sin poderse contener.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Ha viajado a Oeia. Azelia sostiene la tesis de que, puesto que fueron los jefes y subjefes de tribu quienes eligieron al rey, ahora pueden destituirlo, máxime cuando el que se ha arrogado ese puesto no es el que se eligió hace diez años.

—Te refieres a Kanix —dijo Caidin.

—Sí. Hizo asesinar a Sthuvros. Todos estábamos contentos con Sthuvros. Era un buen rey, recto y justiciero. El sistema progresaba bajo su mando. Kanix y sus ambiciosos secuaces han sostenido siempre que la muerte de Sthuvros fue debida a un accidente, pero nadie ha creído esa versión.

—Kanix, en todo caso, debiera haber convocado al consejo de las tribus —dijo Caidin.

—Dijo que el rey le había nombrado su heredero. Sthuvros tenía

ese derecho, según la ley. Pero su puesto debe ser confirmado por las tribus y él ha omitido ese requisito.

—Kanix es un tipo muy avispado, evidentemente —sonrió el terrestre—. De modo que Azelia ha ido a Oiea.

—Sí. Seguramente estará con Balos, uno de los jefes de tribu de mayor reputación. Si Balos cree justas las razones de Azelia, se pondrá de su lado incondicionalmente.

Caidin se volvió hacia Perla.

—Temo que vamos a viajar a Oiea —sonrió—. Su herencia tendrá que aguardar un poco más.

Perla se encogió de hombros.

—No tengo demasiada prisa —contestó—. Más bien es curiosidad; mi madre poseía una gran fortuna, de modo que no es dinero lo que me ha traído aquí precisamente.

—Sí, comprendo. —Caidin se despidió de la nativa—. Vuelve con los tuyos. No menciones a nadie lo ocurrido.

—Descuida. —Tadia alargó su mano—. Os deseo mucha suerte.

Caidin y Perla volvieron a la nave. Minutos más tarde, despegaban.

—Perla —dijo el joven cuando ya se hallaban en el espacio—, ¿no conoce Oiea? No, claro que no; es la primera vez que viene a estas regiones…

—Usted sí las conoce, según tengo entendido.

—Recorrí los satélites unas cuantas veces. Sthuvros y yo íbamos juntos, cuando tratábamos de convencer a los jefes de tribu de la necesidad y conveniencia de un gobierno común. Fue una buena época, aunque, también corrimos serios riesgos.

—Diríase que fueron buenos tiempos y que los echa de menos —sonrió la muchacha.

Caidin suspiró.

—El tiempo pasado no vuelve jamás —contestó—. Y las evocaciones no son convenientes, cuando el futuro se muestra tan incierto.



Desde la altura, Caidin trataba de identificar los accidentes del terreno, a fin de llegar al suelo en las inmediaciones de la comarca donde vivían Balos y los suyos. Perla vio un lugar del que salían grandes humaredas.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Los pantanos de Egh-Kozar. Mortales —contestó Caidin.

—Agua, barro y fieras, ¿no?

—Además de arácnidos voladores. Su picadura no es mortal, pero puede enloquecer a un hombre durante horas. Realmente, no es un lugar agradable.

La nave continuaba su descenso. De pronto, vieron una aglomeración de viviendas en el centro de una extensa llanura, uno de cuyos lados estaba delimitado por los humeantes pantanos.

—Bien, ahí está la tribu de Balos —dijo Caidin, satisfecho.

Descendieron mil metros más. A quinientos del suelo, Caidin notó algo raro.

—¡Hum! —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Perla.

Caidin frenó el descenso casi por completo.

—Es curioso —dijo—. No veo a ninguna persona en la aldea.

—Estarán de caza o labrando los campos...

—Siempre hay gente en la aldea. Y los campos de cultivo de plantas comestibles están justo debajo de nosotros. Perla, sinceramente, estoy preocupado.

—Pero, Kevie, cientos de personas no pueden desaparecer al mismo tiempo. ¿No se habrá producido una epidemia mortal?

Caidin continuó gobernando la nave. Desde la altura, Perla observó que las viviendas estaban construidas con grandes losas de piedra, cortadas con la suficiente precisión para ensamblar exactamente, sin necesidad de argamasa. Era un estilo arquitectónico tosco, pero de cierta belleza y con una innegable funcionalidad.

Las ruedas del tren de aterrizaje tocaron el suelo. Caidin se armó y caminó hacia la escotilla.

—Vamos a ver por qué no hay nadie en el poblado —dijo.

Perla le siguió. El silencio era impresionante.

El poblado era un rectángulo de, aproximadamente, mil quinientos metros de largo por la mitad de anchura. Las calles eran rectas, amplias, tiradas a cordel. Salvo en el centro, donde se veían media docena de edificios de dos o tres pisos, todos los demás eran de una sola planta.

Echaron a andar. Caidin entró poco después en una de las casas, hallando su interior absolutamente en orden. Las reservas de alimentos estaban en las alacenas y en los armarios había ropas y pieles perfectamente dobladas.

Sin embargo, no había el menor signo de vida.

De no haber sido por la comida y las ropas, hubiérase dicho que estaban en un poblado abandonado miles de años antes. Pero Caidin sabía muy bien que no más atrás de diez años, la aldea era un centro de actividad muy notable, cuyas gentes progresaban con rapidez en todos los sentidos.

Salieron fuera. De pronto, oyeron pasos.

—Atrás, Perla —dijo Caidin, tirando de la mano de la muchacha.

Se refugiaron de nuevo en la casa. Los pasos sonaban cada vez más próximos.

Segundos después, oyeron voces.

—Así no conseguiremos nada —dijo uno.

—Estamos perdiendo el tiempo —se quejó otro.

—Sí, pero, ¿quién se lo dirá a Hequus? Sería capaz de despellejarnos vivos —dijo un tercero.

Caidin vio pasar a los hombres. Eran cuatro y parecían mohínos y cabizbajos.

De pronto saltó al exterior, situándose a espaldas de los guerreros.

—¡Quietos todos! Que nadie se mueva, si no quiere morir en el acto —gritó.

Los cuatro individuos obedecieron instantáneamente.

—¿Quién eres? —preguntó uno de ellos.

—Caidin, hermano del rey Sthuvros.

—Sthuvros no tenía ningún hermano...

—Te equivocas, pero no lo vamos a discutir. ¿Por qué estáis aquí?

—Somos..., somos recaudadores de impuestos. La tribu ha huido por no pagar.

—¿Todos?

—Absolutamente todos. Están locos, van a morir...

—¿Por qué?

—Se han refugiado en los pantanos de Egh-Kozar. Nosotros no nos atrevemos a ir allí.

—Antes has mencionado un tal Hequus. ¿Quién es ese sujeto?

—Es el primer ayudante del nuevo rey.

—Su ministro de Finanzas —agregó otro de los soldados.

—Creo que ya entiendo —dijo Caidin—. ¿Cómo pensáis regresar a Valyria?

—A la tarde vendrán a recogernos. Hay otros recaudadores en Oiea.

—A juzgar por vuestras armas, más parecéis atracadores. Bien, dejadlas caer al suelo.

Cuatro pistolas cayeron con metálicos sonidos. Caidin dio otra orden y los secuaces de Hequus se separaron de sus armas.

—Está bien, podéis marcharos —dijo a continuación.

Los cuatro sujetos se alejaron sin pronunciar palabra. Caidin los mantuvo bajo la mira de su pistola, hasta que los vio desaparecer en la llanura.

—Perla —dijo, después de un buen rato de silencio—, mucho me temo que no vamos a tener otro remedio que ir a los pantanos de Egh-Kozar.

—¿Son tan peligrosos como decían esos hombres?

Caidin contempló las humaredas que se divisaban en el horizonte.

—No me explico cómo Balos ha sido tan loco de llevar a toda su tribu a unos parajes donde las posibilidades de supervivencia son nulas —dijo disgustadamente.



En la astronave había un helimóvil plegable, con capacidad para dos personas. Caidin decidió utilizar el aparato, en lugar de acercarse a pie a los pantanos.

La autonomía del helimóvil era limitada y, además, era sólo para vuelos atmosféricos. Antes de partir, Caidin revisó el botiquín de la nave. Encontró repelente para mosquitos y aconsejó a la muchacha que se embadurnara el cuerpo.

—No sé si servirá para los arácnidos voladores, pero, por si acaso, no estará de más que lo usemos —dijo.

Momentos después, emprendían el vuelo. Realmente, el helimóvil era poco más que un esqueleto de tubos de metal, con dos asientos y los propulsores. Los instrumentos eran igualmente mínimos.

El pantano se acercó con rapidez. Desde unos cien metros de altura, Perla vio con ojos maravillados un paisaje de pesadilla. Arboles de todas formas, espantosamente retorcidos algunos de ellos, plantas que se enroscaban en los troncos y que parecían serpientes con hojas, reptiles monstruosos... El hedor resultaba insoportable.

Pero Caidin seguía preocupado por una cosa. El pantano despedía vapores constantemente. Sin embargo, las humaredas que había visto resultaban exageradas. De pronto, se le ocurrió que tal vez fuese obra de los hombres.

Dirigió el helimóvil rectamente al punto donde había más humo. De súbito, vio brotar del suelo una espesa nube de flechas.

Perla gritó. Algunos de los proyectiles chocaron contra el vientre del aparato y rebotaron con chirriantes sonidos. Caidin ganó altura y la siguiente descarga quedó corta.

Una ráfaga de viento disipó el humo en parte. Desde trescientos metros de altura, Caidin divisó un nutrido grupo de hombres, armados con unos arcos que conocía muy bien.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—Perla, ¿no tiene algo blanco en su ropa? —preguntó.

—Me quitaré la blusa —respondió la muchacha.

El color no era totalmente blanco, pero podía servir. Caidin tomó la prenda y la agitó varias veces. Mientras, Perla se cubría los senos con las manos, pues no llevaba debajo otra prenda.

Al cabo de unos instantes, alguien, en el suelo, movió un trapo

blanco. Sin mirarla, Caidin devolvió la blusa a su dueña.

—Aterrizamos —dijo simplemente.

CAPÍTULO VI

Balos levantó la mano. Era un sujeto de media estatura, membrudo y con los bíceps de un hércules. En la izquierda llevaba un venablo cuya hoja era capaz de perforar sin dificultad la piel más dura de cualquier fiera.

—Te saludo, Caidin —dijo—. Hace años oí hablar mucho de ti.

—Gracias, jefe Balos. Esta es Perla, mi acompañante. Se dirige a Valyria. Tiene negocios allí —contestó el terrestre.

—Tú la acompañas.

—Sí. Pero será mejor que hablemos de otra cosa. ¿Dónde está Azelia?

—Ha marchado. Debe de estar llegando ya a Lavith.

Caidin hizo un gesto de decepción.

—Has hablado con ella, supongo, jefe Balos —dijo.

—Sí, y estamos de acuerdo en todo lo que nos ha propuesto. Elegimos un rey, no un tirano.

—Kanix alega que Sthuvros le nombró su heredero.

—Pudiera ser. Pero, si está tan seguro de sus derechos, ¿por qué no ha convocado al consejo de las tribus para ratificar su herencia? Kanix tiene la fuerza, no la razón —declaró Balos contundentemente.

—Azelia quiere convocar una reunión de jefes y subjefes de tribu.

—Sí. Algunos, quizá, no lo creen oportuno. Ella está sondeando las voluntades de todos cuantos podemos decir algo en este asunto.

—¿Cuáles son vuestras posibilidades?

—Por el momento, somos optimistas. Digamos que los tanteos a favor de la reunión son de tres a uno.

Había habido más de cien delegados, recordó Caidin. Por tanto, sesenta estarían a favor de la reunión. Pero, aun cuando ésta llegase a celebrarse, quedaba en pie el problema de la votación definitiva.

—Kanix puede intentar ganarse votos de los delegados —dijo.

—Al paso que va, no conseguirá ni uno solo. ¿Cómo hacerse simpático aumentándolos impuestos?

Caidin ocultó una sonrisa.

—Es verdad —convino—. ¿En qué sentido votarás tú, si se reúne el consejo de las tribus?

—Se rumorea que Sthuvros dejó un testamento. Exigiremos que se cumpla —respondió Balos, tajante.

—Imagínate que el testamento nombra heredero a Kanix. ¿Qué haréis, en tal caso?

—Dudo mucho que Sthuvros cometiese semejante imprudencia. —Balos movió la cabeza vigorosamente—. No, no pudo nombrar

heredero a un desaprensivo como Kanix.

—¿Sabes en qué lugar de Lavith puedo encontrar a Azelia?

—Dijo que el primero a quien iba a visitar sería Hithod, el jefe del pueblo de cazadores.

Caidin recordó inmediatamente la balada que había oído cantar a Perla. Sí, era la melodía que entonaban los cazadores de osos gigantes en sus descansos, junto al fuego, un tanto monótona, pero agradable y rítmica.

— Está bien, iremos a la comarca de los osos gigantes. Balos, dime, ¿hasta cuándo pensáis permanecer en el pantano?

—Kanix no obtendrá jamás una sola moneda del nuevo impuesto. Estamos dispuestos a contribuir a los gastos generales del sistema, pero no a llenar las arcas de unos sinvergüenzas.

—Vivir aquí no es agradable. Tenéis que quemar leña casi continuamente...

—Los esbirros de Kanix no se atreven a entrar en el pantano —sonrió Balos maliciosamente.

Caidin estrechó la mano del nativo.

—Te deseo suerte —dijo, como despedida.

Momentos después, Caidin y Perla volaban de vuelta a la astronave.

—Perla, ¿ha visto usted alguna vez un oso gigante? —preguntó él.

—No. ¿Son muy grandes?

—Como elefantes terrestres. Yo cacé dos.

—A tiros.

—No, con lanza. Es lo que se exige, si uno quiere ser considerado miembro de la tribu de cazadores de osos.

—Pero también se pueden emplear armas de fuego.

—Oh, claro que sí. De todas formas, no vamos a cazar osos, Perla.

Caidin frunció el ceño.

—De modo que Sthuvros hizo testamento —murmuró—. Sin embargo, nadie lo ha visto ni conoce sus términos. ¿Por qué?

—Si le hiciese esa pregunta a Kanix, quizá obtuviese una respuesta —dijo Perla.

Caidin se estremeció.

—Rayos, no; la última persona a la cual haría esa pregunta es, precisamente, Kanix —contestó.



El suelo era terriblemente montañoso, áspero, accidentado, con profundos barrancos y montañas de laderas que en muchos casos, eran

despeñaderos verticales. Una cosa que no faltaba, sin embargo, era el agua; las corrientes eran muy numerosas: ríos, riachuelos y arroyos se podían ver por todas partes, lo que, pese a la altitud media de la zona, convertía las zonas bajas y llanas, en auténticos vergeles, llenos de exuberante vegetación.

Aquel atrayente paisaje, encerraba, sin embargo, el mortal peligro de los plantígrados gigantes. Una vez, Caidin había visto a un oso partir en dos a un cazador, de una sola dentellada. Otro había muerto destripado, y eso que sólo le había rozado una uña de la garra delantera derecha. Sí, eran unos animales terribles y ni siquiera el orgullo de conseguir una presa, o su piel o saborear su carne asada en las brasas, era suficiente estímulo para correr el riesgo de enfrentarse con uno de aquellos monstruos de pesadilla.

Caidin había dejado la astronave en un punto no fácilmente detectable. El aparato, aunque podía moverse a cotas subatmosféricas, resultaba lento y poco manejable en tales condiciones. Caidin prefería usar el pequeño helimóvil biplaza, que formaba parte del equipo.

El aparato se movía entre los cañones y barrancos que formaban buena parte de la atormentada orografía del lugar. De pronto, Caidin divisó una humareda.

—¡Allí, Perla! —exclamó.

El humo brotaba en el fondo de un cañón muy angosto, por cuyo centro corría un arroyo de aguas turbulentas. Caidin descendió con grandes precauciones. Las personas que estaban junto a la hoguera se levantaron y aprestaron sus armas, lanzas sobre todo, largas de seis metros, por lo menos.

Al fin, el aparato tocó tierra. Cuatro hombres y dos mujeres, vestidos con pieles muy finas, aunque en modo alguno daban sensación de salvajes, se acercaron al helimóvil.

Una de las mujeres, de larga cabellera negra, reconoció súbitamente a Caidin.

—¡Kevie! —gritó.

Caidin sonrió.

—Te saludo, Azelia —dijo—. Esta joven que me acompaña es Perla, de la Tierra.

Azelia se acercó a la pareja. Era una mujer alta, muy fornida, pero atractiva, sin embargo. La piel que quedaba al descubierto estaba muy tostada, como consecuencia de una vida continua al aire libre.

La otra muchacha era también muy bonita y de la edad de Perla. En cuanto a los hombres, poseían una fortaleza física excepcional. Las facciones engañaban; detrás de aquellos rostros, propios de un hombre primitivo terrestre, había una inteligencia excepcional.

La mano de Azelia se cerró sobre el antebrazo izquierdo de Caidin. Este, a su vez, correspondió con un gesto análogo.

—Vengo de Oiea —dijo el joven—. Balos, jefe, me ha dicho que podría encontrarte aquí, con Hithod, jefe del pueblo de cazadores de osos gigantes.

—Así es —sonrió Azelia—. Este es Hithod... —hizo las presentaciones y pidió a la otra muchacha que atendiera a la terrestre. Perla se fue con la nativa y tres de los cazadores.

Caidin quedó con Azelia e Hithod.

—Balos me habló de tus propósitos —dijo el terrestre—, ¿Crees que conseguirás algo?

—El consejo de las tribus debía haber sido convocado a la muerte de Sthuvros. Kanix no lo ha hecho así, aparte de que sólo contamos con su palabra de que él es el heredero de Sthuvros. Pero, aunque fuese verdad, su nombramiento tiene que ser ratificado o denegado por el consejo pleno de las tribus, formado, como sabes, por los jefes y subjefes.

—Azelia, personalmente me inclino a creer que Sthuvros murió asesinado —manifestó Caidin—. Es obvio que el asesino sólo puede ser el que resultó beneficiado con la muerte de su víctima.

—Nosotros, los cazadores, también pensamos como tú —dijo Hithod—. Kevie, todavía nos acordamos de ti. ¿Has venido para vengar la muerte de Sthuvros?

Caidin enseñó el medallón.

—Me lo entregó Sthuvros hace diez años. La piedra era azul y se volvería roja si Sthuvros se sentía en peligro y negra si moría. La piedra fue roja y luego negra.

—He oído hablar de esa clase de joyas, aunque no había visto ninguna hasta ahora —declaró Azelia—. Kevie, Hithod está de acuerdo con mis proposiciones. Mañana pienso ir a Thunos. ¿Querrás acompañarme?

—Con mucho gusto. ¿Qué porcentaje favorable a la destitución esperas conseguir?

—Entre un sesenta y un setenta por ciento. No podemos olvidar que algunos jefes de tribus son leales al superior. Lo eran antes, claro, y difícilmente creerán en la versión del asesinato de Sthuvros, a menos que se les presenten pruebas contundentes de ello.

—Cosa que resulta punto menos que imposible —terció Hithod—. No nos quedará otro remedio que acudir a la destitución por procedimientos legales.

—El número de delegados será superior al centenar. Treinta o cuarenta pueden votar a favor de Kanix. ¿Qué ocurrirá si se niegan a aceptar el resultado de la votación?

La mano de Hithod se crispó con fuerza en torno al palo de la lanza.

—Habrá guerra —aseguró.

Sobrevino una corta pausa de silencio. De pronto, Caidin percibió el grato olor de la carne asada.

—Tengo hambre —sonrió.

La mano de Azelia se apoderó de la suya.

—Ven —dijo—; precisamente íbamos a cenar cuando llegasteis.



Perla dormía sobre una piel de oso, cálida y abrigada, como jamás hubiera sospechado podría existir nada semejante. La otra joven y todos los cazadores, salvo uno, de centinela, también dormían.

La temperatura era agradable. Caidin no tema mucho sueño. Azelia estaba sentada sobre una roca, cerca del río, contemplando el fluir de la corriente con mirada abstraída.

Caidin se acercó a la nativa.

—No sé nada de tu vida —dijo—. ¿Qué has hecho en estos diez años, Azelia?

—Me casé y enviudé. Tuve un hijo, pero murió. No he sido demasiado feliz, aunque sí he pensado que la vida no puede resultar agradable para todos. Al morir mi esposo, que era el jefe, yo quedé automáticamente nombrada matriarca. Ocuparme de la tribu quitó muchas de mis penas —sonrió la mujer.

—No es mala táctica —convino Caidin—. Pero aún eres joven y muy hermosa. Tienes que buscar un nuevo marido.

Azelia hizo un gesto de indiferencia.

—Ya llegará, si conviene —respondió—. Y tú, ¿te has casado?

—No. Me pasó algo parecido a ti, aunque mis asuntos eran particulares. Un día encontraré una mujer, eso es todo.

Azelia calló. Caidin sabía que en tiempos ella le había mirado con buenos ojos. De habérselo pedido, se habría convertido en su esposa sin vacilar.

Aún ahora, había cierta luz en la mirada de Azelia que no podía engañar al terrestre. Caidin se dio cuenta de que el opulento pecho de la nativa subía y bajaba con cierta rapidez.

De pronto, tomó una de sus manos. Ella no protestó.

Caidin la abrazó. Los brazos de la nativa se enroscaron en torno a su cuello. Azelia buscó con avidez los labios del terrestre.

Sobre ellos, pareciendo que en cualquier momento iba a desprenderse de la bóveda celeste, brillaba Nuevo Saturno, alumbrando con suave luz la escena. El centinela, a cincuenta o sesenta pasos de distancia, se mantenía inmóvil, erguido como una estatua, apoyado en la lanza que sobresalía más de cuatro metros sobre su lanuda cabeza.

De repente se oyó una especie de tañido, como si alguien hubiese tocado la cuerda de tonos más graves de una guitarra. El centinela exhaló un sordo gemido.

Luego bajó la vista y contempló con ojos incrédulos el largo astil de la flecha que sobresalía de su pecho.

Luego, muy despacio, dobló las rodillas y rodó por tierra.

CAPÍTULO VII

Caidin y Azelia oyeron el sonido del arco y el gemido de agonía del centinela. Casi inmediatamente, captaron ruido de pasos en las inmediaciones.

Azelia quiso levantarse. Caidin la empujó por los hombros, manteniéndola aplastada contra el suelo. Las sombras saltaban de roca en roca, acercándose velozmente al campamento, en el cual se divisaban todavía algunas brasas.

De repente, uno de los atacantes tropezó y cayó. El ruido despertó inmediatamente a Hithod, quien se puso en pie de un salto, empuñando su lanza de cazador de osos.

Dos flechas trifoliadas partieron directamente hacia su cuerpo. Hithod acusó los impactos con un fuerte estremecimiento.

Pero era un hombre de una vitalidad increíble. Con las flechas clavadas en el cuerpo, saltó hacia delante, enristrando la lanza con la que había capturado tantos osos gigantes. Un ronco aullido de desafío brotó de su garganta.

La lanza ensartó a uno de los atacantes y salió más de metro y medio por su espalda. Tras él había otro, en cuyo cuerpo se clavó la hoja. Pero las dos flechas habían obrado ya sus mortíferos efectos y el jefe de la tribu de cazadores se desplomó, muerto tras su última victoria.

Los otros cazadores se habían despertado también.

Fueron fácil presa para los atacantes. La muchacha nativa mató a un enemigo, antes de morir.

Perla gritaba de terror. Una voz poderosa dijo:

—Respeten su vida. Hay que llevarla a presencia de Kanix.

Instantes después, un grupo de hombres partía a toda velocidad, llevándose consigo a la prisionera. En el suelo del campamento quedaban varios cuerpos inmóviles.

Caidin se levantó lentamente. Azelia se puso en pie a su lado.

—¿Por qué me impediste ayudarles? —le reprochó, furiosa.

—¿Con qué? ¿Con las manos? ¿Atacándoles con piedras? —dijo él, tranquilamente—. Nuestras armas estaban en el campamento y ellos eran, por lo menos, doce o catorce. Nunca me gusta pelear cuando no tengo un mínimo de probabilidades a mi favor y ahora no lo tenía.

Azelia hizo un gesto de aquiescencia.

—Tienes razón, no me había dado cuenta —contestó—. Pero nosotros, aquí, entretenidos, mientras ellos morían...

—Quizá por eso mismo hemos salvado la vida —dijo Caidin

sombríamente—. Sin embargo, hay dos cosas que me preocupan.

—¿Qué son, Kevie?

—Perla, la terrestre. Oímos decir que había órdenes de llevarla viva a presencia de Kanix.

—Sí, es cierto, aunque tengo la sensación de que estos tipos la confundieron conmigo.

—¿Cómo? —respingó Caidin.

—A Sheffa le gustaban mucho las ropas que Perla llevaba puesta. Cambiaron de indumentaria. Perla dijo que tenía ropas de repuesto en la nave y se puso las pieles que usaba Sheffa. En la oscuridad la confusión es fácil, sobre todo, si se tiene en cuenta mi indumentaria.

—Sí, tú también usas pieles —convino Caidin—. Y la segunda cosa que me preocupa es: ¿cómo descubrieron aquí nuestra presencia?

—No os buscaban a vosotros, sino a mí. Tengo la seguridad de que siguen todos mis pasos, ¿comprendes?

—Eso significa una cosa: Kanix te teme, Azelia.

Los ojos de la hermosa nativa chispearon.

—Enviaré a Kanix a reunirse con sus antepasados, apenas le ponga las manos encima —dijo—. Kevie, ¿qué piensas hacer ahora?

—Tengo que rescatar a Perla. No sé qué hará Kanix al darse cuenta de que sus hombres le llevan a una mujer distinta.

—Sería capaz de ordenar que le diesen muerte, en efecto. Pero yo no puedo acompañarte, Kevin; tengo una misión más importante que cumplir.

—Sí, Azelia. ¿Dónde tienes tu nave?

—Al extremo del cañón, bien escondida. Claro que si usaron detectores...

Era una incongruencia, pensó Caidin; la bella mujer que vestía como una salvaje y que, sin embargo, era capaz de pilotar una astronave. Claro que el hecho de que la astronave fuese sólo para vuelos interplanetarios no alteraba en modo alguno la situación.

—Te deseo mucha suerte, Azelia —dijo, a la vez que ponía ambas manos sobre los hombros de la nativa.

Ella le dirigió una cálida mirada.

—Han sido unos momentos maravillosos, pero tú no serás para mí —contestó—, Kevie, en Valyria, si te sientes en apuros, busca a Nodhuham. Menciónale mi nombre, será suficiente.

—¿Quién es Nodhuham? —preguntó él.

—Tiene una taberna. Sus padres eran nativos de Oiea. Él se considera uno más de los nuestros.

—Está bien. —Caidin se inclinó un poco y besó a Azelia en una mejilla—. Te deseo toda la suerte del mundo.

Los ojos de Azelia estaban húmedos.

—Adiós, Kevie —se despidió.

Y siguió contemplando la alta figura del terrestre, hasta que lo vio desaparecer detrás de un promontorio rocoso.



Caidin sabía cómo acercarse a Nuevo Saturno sin ser detectado. Su astronave voló en dirección al gran anillo, pero a unos cientos de kilómetros por debajo. El anillo estaba situado sobre el ecuador y Valyria, la capital, se hallaba en el hemisferio norte. El hemisferio sur estaba prácticamente deshabitado.

El anillo de Nuevo Saturno tenía un grosor de unos cuarenta o cincuenta kilómetros. Al llegar a sus inmediaciones, Caidin se elevó para aterrizar justo en el borde, muy irregular visto de cerca y con las suficientes anfractuosidades para esconder una nave diez veces mayor que la suya.

La anchura del anillo era de unos sesenta mil kilómetros y entre el borde interno y la superficie del planeta había unos doce mil. Caidin salió de la nave y montó en el helimóvil, convenientemente protegido por el traje de vacío.

Voló por debajo del anillo, en relación con la posición de la capital. Al llegar al hueco, ganó altura lentamente. Pronto entró en la atmósfera de aquel singular planeta.

Cuando desembarcó, era ya de noche. A lo lejos brillaban las luces de Valyria.

Caidin frunció el ceño.

—Sí que han progresado aquí —dijo, mientras empezaba a despojarse del incómodo traje espacial.

Recordaba Valyria tal como era diez años antes: una pequeña población, cuyos habitantes no pasaban de veinte mil. Ahora, calculó, Valyria se había cuadruplicado en todos los sentidos.

El helimóvil quedó bien escondido. Resuelto, avanzó hacia la ciudad. También él tenía allí algunos conocidos, aunque, de momento, prefirió acudir a la taberna de Nodhuham.

Media hora más tarde, entraba en la capital.

Sí, el aspecto de Valyria había cambiado notablemente. Calles más anchas, mejores edificios, más transeúntes... ¿A qué se debía aquel cambio? ¿Qué era lo que había motivado la casi repentina prosperidad del planeta?

Caidin tenía la impresión de que aquella prosperidad era lo que había motivado el golpe de Estado de Kanix. Diez años antes, Nuevo Saturno y sus satélites eran un sistema planetosatelitario poblado poco menos que por agricultores y cazadores. Las cosas habían cambiado mucho en poco tiempo. ¿Cuáles eran las causas?

Un cuarto de hora más tarde, avistó la taberna de Nodhuham.

Era una casa muy grande, de planta y piso, construida con enormes losas de granito. De la planta baja salían voces y risas.

Caidin entró en la taberna. Había bastantes soldados. El mostrador era enorme, más de veinte metros de largo y estaba atestado de bebedores que saboreaban el fuerte vino de Nuevo Saturno.

Una hermosa mujer atendía a los bebedores, junto con algunos mozos. Caidin se acercó al mostrador. Un mozo puso delante de él una enorme copa de granito, tallada artísticamente, y la llenó de vino rojo.

—Quiero hablar con el dueño —dijo, mientras le servían.

El mozo asintió. Pero quien vino poco después, no fue Nodhuham, sino la joven a quien había visto antes, dirigiendo el servicio.

—Mi hermano no está —dijo ella—. Yo soy Clattia su hermana.

—Me llamo Kevie. ¿Has oído hablar alguna vez de Azelia, de Oiea?

Los ojos de Clattia se oscurecieron.

—¿Qué le sucede? —preguntó.

—Está bien. Pero me parece que éste no es lugar adecuado para hablar, Clattia.

Ella vaciló un instante.

—Vienes de Oiea, ¿eh? —dijo.

—Sí.

—Está bien. Sube al primer piso, décima puerta de la derecha. Pero termina antes tu copa. Obra con naturalidad.

—Parece que abundan los espías —comentó Caidin.

—Más que las pulgas gigantes en un oso gigante sarnoso —sonrió Clattia.



La joven llegó minutos más tarde a la habitación donde Caidin aguardaba impaciente. Clattia entró y cerró a continuación.

—Mi hermano está abajo, pero debe atender a la clientela —dijo —. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Los esbirros de Kanix han capturado a una muchacha, confundiéndola con Azelia, ¿sabes algo al respecto?

—No. Procuraré enterarme lo antes posible. ¿Está bien Azelia?

—Sí, perfectamente.

—Conocemos sus ideas. Estamos de acuerdo con ellas. Kanix no nos gusta. Para empezar, dobló los impuestos, ¿comprendes?

Caidin frunció el ceño.

—Debe de obtener una cantidad impresionante de dinero —dijo —. ¿Para qué quiere tanto, si aquí no hay donde gastarlo?

—Se ve que no has oído hablar del «xhitrus» —dijo Clattia.

—¿Cómo? ¿Qué es el «xhitrus»? —preguntó Caidin, atónito.

—Yo no estoy muy bien enterada, pero parece ser que es un mineral altamente energético y que no emite radiaciones durante su proceso de fisión en los hornos nucleares. No obstante, su elaboración es bastante costosa y gran parte del dinero que Kanix recauda con los impuestos, se va en pagar las instalaciones que están montando para la extracción, elaboración y refinado del «xhitrus».

—Esas instalaciones estarán en alguna parte, supongo.

—En el centro de la cordillera Mawarath. No sé más. Bien custodiadas, como puedes imaginarte.

Caidin entornó los ojos.

—El «xhitrus», ¿es anterior o posterior a la muerte de Sthuvros? —murmuró.

—Anterior, claro. Sthuvros fue quien puso en marcha el plan energético, pero Kanix tenía los suyos propios. Oficialmente, Sthuvros se despeñó por un acantilado en la cordillera Mawarath, pero los rumores dicen que fue Kanix el que lo arrojó al vacío. Y si Sthuvros quería que el «xhitrus» fuese un beneficio para todo el sistema, Kanix pretende que ese beneficio pase exclusivamente a su bolsillo.

—El tipo es desprendido —comentó Caidin sarcásticamente—. ¿Has oído hablar del testamento de Sthuvros?

—Según él, Kanix debía ser su sucesor. Pero nadie ha visto el documento.

—¿Cómo ha llegado a esa posición? ¿Es que no ha habido nadie que se le haya resistido?

—¿Quién le resistiría con todo el ejército a su favor? Por lo menos, los altos oficiales, que se han puesto a su lado, mediante el soborno. Los soldados cobran un sueldo mayor, así que figúrate el resto.

Caidin asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Sí, me lo imagino —dijo—. ¿Tardarás mucho en adquirir informes sobre el paradero de la terrestre?

—Haré todo lo que pueda —contestó Clattia—. ¿Te quedas con nosotros?

—No tengo adonde ir —sonrió él.

—Esta es tu habitación —decidió la joven llanamente.

Y se dirigió hacia la puerta.

Al abrir, un hombre se enderezó bruscamente.

Clattia lanzó una imprecación de rabia:

—¡Maldito espía!

CAPÍTULO VIII

El hombre vaciló un instante. Caidin, sin embargo, reaccionó con insólita rapidez. Dio un par de pasos, tomó impulso y se lanzó adelante, con los brazos extendidos, cayendo sobre el espía, al que derribó aparatosamente en medio del corredor.

Se oyó un gruñido de rabia. Caidin se incorporó y, cuando el espía iba a levantarse, disparó el pie derecho y le golpeó en una de las sienes.

El sujeto cayó de nuevo. Moviéndose siempre con la misma rapidez, Caidin agarró al espía por los tobillos y lo arrastró al interior de la estancia.

—Cierra, Clattia.

La joven obedeció en el acto. Caidin se inclinó sobre el espía y le registró cuidadosamente.

—Menos mal —dijo, aliviado, momentos más tarde—; llegué a temer que llevase un transmisor individual. ¿Lo conoces, Clattia?

—Se llama Warhel, no sé más.

—Espía al servicio de un asesino. —Caidin continuaba el registro. De pronto, encontró algo que llamó su atención—. ¿Qué es esto? —preguntó.

Clattia tomó el disco que Caidin tenía en las manos. Había unas figuras de extraños contornos grabadas en la superficie del metal y una cifra.

—Número cinco —dijo Clattia.

—Este disco debe de ser una contraseña —supuso Caidin, mientras lo hacía saltar en la palma de la mano—. Puede que me resulte útil.

—Hequus es el hombre de confianza de Kanix. Probablemente, este espía tendría que verle más tarde para pasarle sus informes. La casa de Hequus está muy vigilada.

—Entonces, el disco identifica a las personas que pueden pasar a hablar con Hequus.

—Seguramente.

—Bien, Clattia. ¿Dónde podríamos poner a este bergante hasta que yo haya hablado con Hequus?

La joven respingó.

—¿Es que piensas...?

—Sí, y esta misma noche —contestó él.

—Muy bien. —De pronto, Clattia lanzó una exclamación—: ¡El espía ha muerto!

Caidin se sobresaltó. Se arrodilló nuevamente junto al caído y le

puso una mano en el pecho.

—Le pateé demasiado fuerte —murmuró.

Hubo un momento de indecisión. Luego, Caidin se volvió hacia la muchacha.

—Habrá que hacer desaparecer el cadáver —dijo.

—No te preocupes; nosotros nos encargaremos de ello —contestó Clattia—. Pero ten cuidado, si Kanix es malo, Hequus es cien veces peor.

Caidin sonrió.

—Yo también soy malo cuando llega la ocasión —contestó.



La residencia de Hequus era una especie de bloque cúbico, cuya puerta principal estaba guardada por dos centinelas armados hasta los dientes. Cuando Caidin llegaba a sus inmediaciones, vio una ronda de tres hombres que desaparecía por una de las esquinas.

Pisando fuertemente, se acercó a los guardias.

—Alto, no sigas —ordenó uno de ellos.

Caidin enseñó el disco.

—Hequus me aguarda —dijo.

—Está bien, llamaré al jefe de la guardia para que te acompañe.

Un oficial apareció a los pocos instantes. Caidin enseñó el disco nuevamente.

—Soy Warhel —declaró escuetamente.

—Acompáñame.

Siguiendo al oficial, Caidin entró en la casa, cuyo vestíbulo estaba decorado con un lujo inusitado en un planeta de tan sobria arquitectura como Nuevo Saturno. El oficial le condujo al primer piso, frente a una puerta, guardada, como la de la calle, por otros dos centinelas.

El oficial llamó a la puerta. Alguien dio permiso desde el interior.

—Señor, es Warhel —informó el oficial.

—¿Has visto el distintivo de identificación? —sonó una voz dentro de la habitación.

—Sí, señor; es el número cinco.

—Muy bien, que pase.

El oficial se echó a un lado. Caidin cruzó el umbral y cerró rápidamente, para que nadie oyera a Hequus, si éste expresaba su sorpresa demasiado ruidosamente.

Pero Hequus parecía muy ocupado en el estudio de unos documentos. Ni siquiera levantó la cabeza al oír el ruido de la puerta.

—Habla, Warhel —dijo.

—No soy Warhel.

Hequus oyó la respuesta y se estremeció levemente. Luego alzó la mirada hacia el hombre que tenía frente a sí.

—Caidin, el hermano de Sthuvros —murmuró.

—Exactamente, el mismo.

—¿Puedo saber a qué has venido, Caidin?

—Tus hombres secuestraron a una mujer. Supongo que sabes ya que no es Azelia.

—Ah, Azelia la rebelde —sonrió Hequus—. Una mujer estupenda en todos los sentidos. Y también afortunada, porque puso a otra en su sitio.

—No hubo sustitución voluntaria; fue una confusión.

—¿De veras?

—Hequus, será mejor que nos dejemos de rodeos —cortó Caidin secamente—. Demasiado sabes quién es la prisionera; y sabes también que tus sicarios intentaron matarla en la Tierra. ¿Por qué no me dices dónde está?

—¿Qué sucedería si me negase a darte esa respuesta?

Caidin sacó su pistola.

—Te mataría —dijo fríamente.

Pero Hequus no pareció impresionarse demasiado ante la vista del arma.

Sonreía despectivamente.

—¿Crees que me asustas? —dijo.

Caidin alzó el brazo y apuntó a la frente del individuo.

—Voy a contar hasta tres —anunció—. ¡Uno!

Hequus continuaba sonriendo. Al pronunciar la palabra «tres», Caidin apretó el gatillo, aunque disparando a un lado, de modo que el proyectil rozase el cuello de Hequus.

Delante del terrestre apareció una estrella, a la vez que se escuchaba un fuerte chasquido. Caidin comprendió instantáneamente que Hequus estaba protegido por algo más que unos cuantos centinelas.

La bala cayó al suelo, después de rebotar en el mamparo de vidrio blindado y absolutamente transparente. Antes de que pudiera reaccionar, Caidin sintió que el suelo se abría bajo sus pies.



Descendió verticalmente cosa de diez metros. Luego tocó con un plano inclinado a lo largo del cual resbaló velozmente. Él ángulo de inclinación era muy pronunciado, de modo que le resultó imposible refrenar la caída por sus propios medios.

De pronto, el plano se hizo una espiral de curvas muy cerradas. Caidin se sintió dar vueltas sobre sí mismo, a la vez que caía vertiginosamente sin cesar. El viento rugió en sus oídos. Su velocidad aumentaba por segundos.

La espiral cesó, aunque no la inclinación del plano. De repente, éste se convirtió en una curva vertical.

Caidin se encontró describiendo un *looping.* Volteó en el aire y luego cayó libremente, sin más apoyo ni sustentación.

La oscuridad era absoluta. A Caidin le parecía que estaba hundiéndose en el espacio, sólo que no había estrellas ni astros que alterasen la uniforme negrura del ambiente.

De repente, vio un punto de luz.

Era de color rojo fuerte y, en unos segundos, se hizo enorme, colosal, como un sol en su ocaso. Caidin creyó que iba a atravesar el disco, pero, en el último instante, hubo un estallido y la luz desapareció.

Volvió la oscuridad. Luego, vino la luz de nuevo.

Ahora había relámpagos de todos los colores: estallidos, círculos, rectángulos, rayas que iban y venían vertiginosamente, fogonazos que surgían en décimas de segundo, en medio de un silencio absoluto. Caidin empezó a perder la noción de sí mismo.

Bruscamente, algo subió a su encuentro. Era una red de grandes mallas, parte de las cuales se convirtieron en tentáculos vivos que lo rodearon estrechamente, causándole una sensación semejante a la de una descarga eléctrica de no demasiada intensidad. Pero como la electricidad llegaba a su cuerpo por un gran número de puntos, la sensación se hizo insoportable.

Creyó que la cabeza le estallaba. Cuando se dio cuenta de que iba a perder el conocimiento, se sintió extrañamente contento.

Al menos, iba a dejar de padecer.



Envuelto en una larga túnica dorada, con el cráneo completamente afeitado, Hequus le miraba sonriendo con expresión calculadora.

—¿Has descansado bien? —preguntó.

Caidin se dio cuenta de que estaba tendido sobre una cama larga y estrecha, en una habitación completamente desnuda, de paredes grises, con una lámpara en el techo. Los dolores habían desaparecido.

—No estoy muerto —gruñó.

Hequus sonrió suavemente.

—Podías haber muerto —dijo—. Todo lo que viste, fue una

simple sensación hipnótica. En realidad, te hayas a cinco metros solamente bajo mi despacho.

—Creo que entiendo. ¿Torturas así a tus prisioneros?

—Sólo a quienes lo merecen. Pero tu tortura no ha tenido importancia. Puedo hacer que sea mil veces más intensa. Algunos han muerto; otros enloquecieron…, y todos, créeme, hablaron.

Caidin se sentó en el lecho, de colchón delgado y nada blando.

—Tú quieres que hable —dijo.

—Sí —admitió Hequus.

—Está bien, pregunta.

—La casualidad vino en nuestra ayuda. Buscábamos a esa terrestre, pero nunca imaginamos que llegásemos a tenerla en nuestro poder a causa de un feliz error.

—Ah, por lo menos, sigue viva.

—Sí, y muy firme.

—¿Qué quieres decir?

—Se niega a contestar a mis preguntas.

—¿Cómo? —se sorprendió el prisionero—. ¿Con los medios de que dispones, aún no has conseguido que hable?

—Es extraño —dijo Hequus pensativamente—. Diríase que tiene bloqueada determinada parte de su memoria. Y, francamente, no queremos arriesgarnos a emplear drogas que podrían perjudicarla definitivamente.

—Ya entiendo. No quieres que muera, ¿eh?

—Ahora, la verdad, ya no importa tanto. Te tenemos a ti.

—Y supones que yo sí hablaré.

—Exactamente. Sólo queremos una cosa: Perla tenía que entrevistarse con cierta persona que vive en Valyria. Dinos su nombre y quedaréis libres los dos.

CAPÍTULO IX

Era una propuesta tentadora, reconoció Caidin en su fuero interno. Pero también podía tratarse de una trampa.

«*No hay seguridad de que cumplan su palabra*», pensó.

—¿Por qué te interesa tanto el nombre de esa persona? —levantó la voz para hacer la pregunta.

—Hay un documento que nos interesa, eso es todo.

—El testamento de Sthuvros.

Hequus guardó silencio. Era una forma de contestar afirmativamente.

—Voy a hacerte yo otra pregunta, Hequus —manifestó el prisionero—. Si Kanix se ha apoderado del mundo, ¿qué importancia puede tener para él un documento cualquiera?

—Simplemente, queremos destruirlo. No nos gustaría que alguien lo hiciera público ahora o pasado mañana o dentro de un año.

—Ya —sonrió Caidin—. Incluso los usurpadores necesitan un mínimo de legalidad.

—Exacto. Y ahora que ya estás enterado de lo que quiero, ¿hablarás o prefieres que te obligue a ello?

Caidin demoró la respuesta unos instantes.

—Antes me sentí lanzado a una especie de pozo —dijo al cabo—. Supongo que si me niego a hablar, emplearás el mismo truco, pero con las sensaciones mucho más fuertes.

—Sí —contestó Hequus sin pestañear.

—¿Qué garantías nos das, si accedo a tu petición?

—Tienes mi palabra, terrestre.

Caidin se puso en pie. Flexionó las piernas y probó a dar unos pasos por la celda, contemplado recelosamente por su interlocutor.

—Hablar —dijo—. Salvar la vida.

—Exacto.

—¿Fue difícil deshacerse de Sthuvros?

Hequus respingó.

—No he venido aquí a hablar de un hombre muerto —gruñó.

—Di mejor de la forma en que murió.

—Accidente —contestó Hequus, con claras muestras de impaciencia—, pero eso está ya resuelto...

De súbito, Caidin vaciló.

—Me mareo —gimió.

Empezó a caer. Hequus le contemplaba con más interés que alarma, pese a lo cual tenía la mano bajo la túnica, empuñando una pistola.

Caidin lo sabía. Por dicha razón, extendió los brazos como si buscase un asidero. Hequus podía ser astuto, pero estaba seguro que ignoraba por completo cómo luchaba un terrestre a brazo partido.

La mano derecha de Caidin agarró el borde de la túnica de Hequus. Tiró con fuerza. Hequus gritó al sentirse derribado.

El instinto le hizo extender las manos para disminuir los efectos de la caída. Rodó por el suelo y, en el mismo instante, se sintió voltear rapidísimamente.

Una rodilla se le clavó entre los hombros, mientras dos manos le agarraban por debajo de la mandíbula y tiraban de su cabeza hacia atrás. El dolor del cuello resultó intensísimo.

—Vas a contestarme a una cosa —silabeó Caidin—. Hablarás y será ahora mismo o te romperé las vértebras del cuello.

Hequus forcejeó. Caidin aumentó la presión. Brotaron gruñidos inarticulados de la garganta de su prisionero. La mano derecha de Hequus golpeó el suelo, como pidiendo clemencia.

—Qué bien imitas a los luchadores terrestres cuando se rinden —dijo Caidin riendo—. Está bien, habla de una vez.

—La... la Caverna del Viento... Letal... —jadeó Hequus.

Caidin oyó aquellas palabras y se quedó helado de terror.

—¿Habéis sido capaces de encerrar allí a Perla? —rugió.

—Sí... Lo ordenó... Kanix...

Caidin se sintió tentado de romper el cuello a su prisionero, pero logró contenerse. Soltó la mano derecha y tanteó bajo la túnica, hasta encontrar la pistola.

El cañón del arma golpeó la sien de Hequus. Caidin se puso en pie de un salto.

Se acercó a la puerta. Estaba cerrada por fuera. Tocó con los nudillos y aguardó.

La puerta se abrió. Una cabeza asomó, curiosa.

—¿Señor...?

Dos manos tiraron de la cabeza con tremenda fuerza. El cuerpo siguió a continuación, dio un par de vueltas en la celda y luego quedó frente a Caidin.

El puño del terrestre se disparó con tremenda potencia. Crujió una mandíbula y su dueño se desplomó sin sentido.

Caidin registró al soldado. El arma que pendía de su cintura llamó su atención.

—Una pistola térmica —murmuró.

Salió fuera de la celda y cerró la puerta. Luego, por medio de la pistola, fundió la cerradura. Antes de que Hequus y su esbirro fuesen liberados, pasarían horas, si no días.

Un poco más adelante, en el corredor, se encontró con un soldado. Antes de diez minutos, su uniforme cubría el cuerpo de

Caidin.

Clattia casi chilló al ver entrar a un soldado en su habitación.

—¿Qué haces aquí? Sal inmediatamente...

—Tranquila —sonrió Caidin—. ¿Tan cambiado estoy?

Ella le miró con ojos incrédulos.

—¿Tú? —dijo.

—El mismo —sonrió Caidin—. ¿Habéis tenido problemas?

—Vino un oficial y preguntó por el espía. Me puse muy furiosa y le dije que si Warhel era su amigo, lo menos que podía hacer era pagarme el gasto que había hecho. El oficial se enfadó muchísimo y yo acabé por darle con una copa en la cabeza. Luego me pidió perdón.

Caidin se echó a reír. Un golpe en la cabeza, asestado con una de aquellas copas de granito, no era precisamente una caricia. Pero Clattia había desempeñado a la perfección su papel de tabernera ofendida por la falta de pago de uno de sus clientes.

—Está bien, me alegro de que no os haya pasado nada. Clattia, ¿tienes idea de cómo proporcionarme un segundo traje espacial?

—¿Qué? —dijo la joven, atónita.

—Perla está en la Caverna del Viento Letal.

Clattia se puso las manos en la cara.

—Ya ha muerto —dijo.

—No, aún está viva. Pero no vivirá mucho tiempo más, si no acudo pronto a socorrerla.

—¿Quién la ha llevado allí, Kevie?

—Imagínatelo.

Clattia asintió.

—Sí, desde luego. Bien, iré a buscarte ese traje espacial, aunque, desde luego, no te garantizo que resultará fácil conseguirlo.

—No hay otro remedio. Yo tengo uno en mi nave, pero tardaría demasiado.

—Aguárdame aquí —se despidió la joven.

Clattia volvió cuatro horas más tarde, cuando ya los nervios de Caidin estaban a punto de estallar.

—Dirígete hacia el Sur, en línea recta. Un hombre va a tu encuentro con el traje. Os encontraréis a tres kilómetros de la ciudad, en el lado opuesto de un cerro casi pelado, con dos árboles cerca de la cima. Se llama Ihdor.

—Ihdor —repitió Caidin. De pronto, besó a la muchacha en una mejilla—. Gracias, Clattia, no olvidaré este favor.

Cuando salió de la taberna, estaba a punto de anochecer.

Se sintió casi pasmado. Había permanecido lo menos dieciséis horas en estado de inconsciencia. ¿Lo había hecho Hequus para mejor «ablandarle» el cerebro?

En todo caso, era un detalle que tenía poca importancia. Mucho

más importante era salvar a Perla de una horrible muerte en la Caverna del Viento Letal.

Aquella cueva estaba situada en el borde interno del anillo y si Perla no moría asfixiada, moriría de frío inexorablemente.

Ihdor estaba en el lugar mencionado. Caidin cargó el traje espacial en el helimóvil, después de dar las gracias al sujeto.

—No tienes que agradecerme nada —manifestó Ihdor—. Cualquiera que pelee contra Kanix, el usurpador, merece nuestra ayuda incondicional.

Caidin sonrió. Estrechó la mano de Ihdor, subió al helimóvil y despegó inmediatamente.

Visto desde la distancia, el anillo de Nuevo Saturno parecía completamente liso y tan delgado como un papel. Desde más cerca, se advertía su grosor y las irregularidades del borde interno, tan acentuadas como las del externo. En cambio, las dos caras del anillo eran muy lisas, con escasas ondulaciones, apenas perceptibles salvo cuando se ponía el pie en su superficie.

El borde interno aumentaba rápidamente de tamaño. Caidin enfiló su helimóvil hacia un diminuto punto negro, que era la boca de la cueva.

Diez años atrás, Sthuvros le había enseñado la Caverna del Viento Letal, aunque sin penetrar en ella, relatándole, además, sus extrañas peculiaridades. Ahora Caidin, merced a sus recuerdos, iba a penetrar en aquella cueva por primera vez.

Se preguntó qué clase de sadismo había impulsado a Kanix a condenar a la muchacha a una muerte tan espantosa. Kanix, se dijo, era un tipo capaz de haber instalado una cámara de televisión para contemplar la agonía de Perla.

La boca de la cueva aumentaba rápidamente de tamaño. Cuando llegó a sus inmediaciones, pudo apreciar sus dimensiones reales, más de cien metros de altura, por una profundidad que nadie había sabido calcular hasta el momento.

A unos trescientos metros de la entrada, se agitaban muy lentamente unos remolinos de gas rosado, cuyo origen se desconocía en Nuevo Saturno. Sólo se sabía que era un gas irrespirable, que producía la muerte en pocos minutos.

Caidin enfiló sin vacilar su aparato. Al adentrarse en los remolinos de gas, encendió el gran proyector del morro. Volaba despacio, sabedor de las extrañas estalactitas que pendían del techo y que podían destrozarle con toda facilidad.

La nube tenía unos quinientos metros de espesor. Caidin vio brotar chorros del seno de la masa de piedra y hielo que formaba el anillo. Una cosa era cierta: el gas no se congelaba con las bajísimas temperaturas del exterior.

¿Origen volcánico?, se preguntó. Acaso procedía de alguna bolsa gigantesca situada en el interior del anillo, que miles de años antes había sido un satélite de Nuevo Saturno. Pero más allá del gas no había otra cosa que la cueva vacía.

Y una mujer a punto de morir.

De pronto, Caidin vio a la muchacha tendida en el suelo.

Perla vestía solamente el traje de pieles que había intercambiado con la nativa. El gas formaba una especie de barrera contra el frío del espacio, pero, aun así, la temperatura en el interior de la caverna no rebasaba nunca la línea del cero de la escala centígrada.

Paró el helimóvil y saltó al suelo. La piel de Perla estaba ya azulada. Su pecho apenas se movía.

Caidin puso en sus labios la boquilla del oxígeno. Perla pareció revivir lentamente. Al cabo de unos minutos y sin el menor remilgo, la despojó de las pieles, una indumentaria inadecuada por completo para usar el traje de vacío, y le puso el vestido de una sola pieza y de tejido suave y fino, que se colocaba sobre el cuerpo, antes que la escafandra.

Acto seguido, la vistió con el mono espacial. Comprobó el cierre del casco y abrió la espita del gas.

Perla abrió los ojos minutos más tarde. Caidin pegó su casco al de la muchacha.

—Estás bien y no sueñas —dijo sonriendo—. No uses la radio, no conviene que capten nuestra conversación.

Perla asintió.

—Sabía que vendrías a salvarme —contestó.

—No podía abandonarte, aunque, la verdad, no ha resultado fácil. Ni tampoco podemos considerarnos a salvo por completo.

Separó los cascos, que les había permitido hablar por medio de las vibraciones sonoras. Luego llevó a Perla en brazos hasta el helimóvil.

Minutos más tarde, atravesaban la nube de gas a toda velocidad. En el interior de la caverna, había una tenue bolsa de aire respirable, que era lo que había permitido sobrevivir a la muchacha.

Perla estaba muy débil. Había permanecido allí casi cuarenta y ocho horas sin comer ni beber. En la taberna de Nodhuham, se dijo, podría reponerse.

De pronto, cuando ya salían al exterior, vieron dirigirse dos helimóviles hacia ellos a toda velocidad.

Cada helimóvil estaba tripulado por seis soldados.

CAPÍTULO X

Hequus había conseguido librarse de su encierro, fue lo primero que pensó Caidin. Los perseguidores se hallaban a menos de dos mil metros de distancia. Por suerte, no disponían de armas de largo alcance. Pero no era difícil adivinar sus intenciones.

Mucho había progresado Nuevo Saturno en diez años. Ahora, Kanix y sus secuaces disponían de naves en abundancia, cuando antes eran elementos poco menos que desconocidos. Pero no era tiempo de reflexiones, sino de escapar a la cautividad, que significaba la muerte.

Caidin aceleró el aparato al máximo. Por Perla, pese a su estado de debilidad, no se preocupaba; estaba sujeta por los arneses a su asiento. Y ahora que ya habían sido descubiertos, no importaba romper el silencio de la radio.

—Voy a maniobrar para escapar —avisó, después de haberle indicado que conectase su transmisor individual.

Ella asintió. Durante un momento, los hombres de Kanix creyeron que el joven se lanzaba hacia ellos y se aprestaron a repeler el ataque, pero, súbitamente, Caidin hizo que el helimóvil trazase una ceñida curva en ángulo recto, que le hizo subir vertiginosamente en vertical y en sentido paralelo al borde interno del colosal anillo.

Los helimóviles de sus perseguidores iban todavía a mucha mayor velocidad, de modo que la maniobra del terrestre pilló por sorpresa a sus pilotos. Cuando quisieron rectificar, habían rebasado ya largamente el punto ideal en que debía haberse producido el encuentro.

Caidin continuó trepando verticalmente, mientras sus adversarios se esforzaban por imitar la maniobra. Pero ya les había sacado una considerable ventaja y alcanzaba el límite superior del borde.

Asomaron a la cara superior del anillo. Este se extendía, inmenso y deslumbrante, hasta perderse de vista en todas direcciones. Caidin situó el aparato a un par de metros de aquel suelo y aceleró nuevamente al máximo en dirección Oeste.

Segundos más tarde, dos helimóviles aparecieron a unos cuatro kilómetros de distancia. Caidin volvió la cabeza una vez: aquellos aparatos eran más potentes que el suyo e inexorablemente acabarían por darles alcance.

Casi de repente, viró a la vertical, describió un semicírculo y regresó sobre sus pasos, picando sobre los aparatos perseguidores. Al llegar a cuatro o cinco metros, del suelo, niveló. Su velocidad se había acrecido ahora en un tercio. Disparado como un obús, cayó sobre el helimóvil más próximo.

El piloto creyó que aquel loco buscaba el choque y se desvió desesperadamente a un lado. Fue una maniobra demasiado rápida, demasiado precipitada; la altura era poca y, medio segundo más tarde, el aparato chocó contra el suelo. Rebotó espectacularmente, subió a cincuenta metros y acabó por caer, deshaciéndose en una silenciosa llamarada al impacto con la superficie del anillo.

Caidin continuó su escapatoria. El otro piloto viró en redondo y dio el máximo de energía a los propulsores. De cuando en cuando, Caidin volvía la cabeza.

Lentamente, el aparato perseguidor fue ganando espacio. Sin embargo, Caidin, con gran astucia, iba elevándose poco a poco, hasta situarse a un centenar de metros del suelo.

De pronto, divisó a lo lejos una irregularidad en el terreno. Era una especie de promontorio de hielo, de unos sesenta o setenta metros de altura y de laderas muy suaves. Caidin picó a la máxima velocidad, como si fuera a enfilar directamente el saliente.

El otro helimóvil iba detrás, a cien metros escasos. Su piloto seguía con toda fidelidad las maniobras del terrestre. En sus puestos, los soldados aprestaban las pistolas térmicas, que podrían utilizar cuando la distancia fuese inferior a cien metros.

De súbito, Caidin se elevó una docena de metros. El vientre del helimóvil rozó la cresta del pico. El piloto perseguidor se encontró de frente con el obstáculo.

Era ya demasiado tarde para evitarlo. A través de la radio, Caidin oyó unos breves chillidos de terror. Luego entrevió un enorme fogonazo.

Volvió la cabeza un poco. Ya no se divisaba el helimóvil de sus perseguidores.

—Perla —llamó.

—¿Sí, Kevie?

—Tranquila, el peligro ya ha pasado —dijo él—. ¿Cómo te sientes?

—Creo que vivía todavía..., aunque si me dijeras que estoy muerta, sería capaz de creérmelo —contestó ella.

Caidin se echó a reír.

—Dentro de poco tendrás ocasión de «resucitar» —exclamó alegremente.



Perla terminó de comer y tomó un sorbo de vino. Luego se reclinó en el respaldo de su silla. Caidin, Nodhuham y su hermana Clattia contemplaban sonriendo a la muchacha.

—Tienes mucho mejor aspecto —dijo Clattia.

Había color en las mejillas de Perla. Sonreía.

—No creí nunca hallarme en una situación semejante —manifestó —. Os agradezco lo que habéis hecho por mí, con toda sinceridad.

—Bah, no tiene importancia —contestó Nodhuham—. Eres enemigo de Kanix y eso es suficiente para nosotros.

—Te equivocas —corrigió Perla—. Kanix es mi enemigo.

—El matiz es muy distinto, en efecto —convino Clattla—. ¿Por qué quiere matarte?

—No lo sé. Sólo sé que tengo que recoger una herencia en Valyria y que, al parecer, no le conviene que me haga cargo de ella.

—Hay un hombre en la capital, que debe entregarle el testamento —intervino Caidin—. Hequus me pidió su nombre, pero yo me negué a decírselo.

—¿Lo conocemos nosotros? —preguntó Nodhuham.

—Tal vez. Se llama Shod-Uyus —dijo Perla.

—El nombre me suena. Averiguaré quién es y dónde vive.

Nodhuham y si su hermana salieron. Caidin y Perla quedaron solos.

—¿Te dijeron algo al hacerte prisionera? —preguntó Caidin.

—No. Sólo confirmaron mi identidad. Entonces, un pelotón de soldados me llevaron a aquella cueva, en el anillo.

Caidin hizo un gesto con la cabeza.

—Estoy seguro de que Kanix sabe algo muy importante acerca de ti —dijo—. ¡Cómo me gustaría sostener una conversación con él! Solos ambos, por supuesto.

—Kanix está ahora en el centro energético de Mawarath. Ya has oído a Nodhuham —le recordó Perla—. Mientras, Hequus se ocupa del gobierno.

—Y Mawarath se encuentra a mucha distancia de la capital — murmuró Caidin desanimado.

—De todas formas, creo que antes nos conviene hablar con Shod-Uyus, ¿no te parece?

—Sí, claro. —Caidin miró fijamente a la muchacha—. Perla, Sthuvros era mi amigo y lo asesinaron, ¿comprendes?

Perla asintió.

—Sí, Kevie… Pero creo que era mucho mayor que tú —adujo.

—Unos once o doce años. Yo tenía veinticuatro cuando llegué a Nuevo Saturno por primera vez. El andaba ya por los treinta y cinco. De todas formas, es un detalle que no tiene la menor importancia.

Caidin señaló la cama.

—Es hora de que descanses —indicó.

—¿Y tú? —preguntó Perla.

—Yo vigilaré tu sueño. No quiero que te separes más de mí.

Ella sonrió dulcemente.

—¿Te has dado cuenta de que ya no empleas tratamientos? —dijo.

—Oh, eso no tiene importancia ahora. Anda, ve a dormir, lo estás necesitando.

Perla seguía mirándole de un modo extraño, con tanta intensidad, que Caidin llegó a sentirse incómodo. Al cabo de unos instantes. Perla se levantó y se dirigió hacia la cama. Corrió las cortinas del dormitorio y empezó a desvestirse.

Caidin se sentó en una silla junto a la puerta. Pasado un buen rato, empezó a sentir pesados los párpados.

La puerta se abrió de repente. Caidin se levantó de un salto y apuntó con la pistola al que entraba.

—Cuidado —dijo Clattia.

Caidin respiró hondamente.

—Lo siento. Vigilaba para que a Perla no le suceda nada —se disculpó.

—Está bien. Ya hemos averiguado dónde vive Shod-Uyus.

—Estupendo. Clattia, me gustaría hablar con el individuo antes que Perla. ¿Hay algún inconveniente en ir a su casa? —consultó Caidin.

—Ninguno. —La nativa alargó su mano y cogió la de Caidin—, Vamos, mi hermano cuidará de tu amiga.



Shod-Uyus se mostró muy malhumorado al ser obligado a levantarse de la cama a una hora tan intempestiva.

—Lo siento —se disculpó Caidin—. Es mejor ahora, cuando las calles están desiertas.

—Tu nombre me suena —dijo Shod-Uyus.

—Sthuvros me nombró su hermano.

—Algo he oído al respecto. Pero Sthuvros está muerto.

—Asesinado.

Uyus se encogió de hombros.

—Eso se dice —contestó, escéptico.

—¿No lo crees así? —terció Clattia, agresiva.

—Yo me atengo a lo que dijo Kanix. Lo demás no me importa.

Caidin examinó la estancia en que se hallaban. El lujo era moderado, pero todo indicaba que Uyus era personaje de posición superior a la corriente. No era un neosaturniano cualquiera.

—Muy bien. Hay una muchacha llamada Perla Uttis, nativa de la Tierra, que debe recoger una herencia —dijo Caidin.

—¿Perla Uttis? —repitió Uyus—. En mi vida he oído ese nombre.

Caidin miró fijamente al individuo. Uyus parecía un hombre decente. ¿Por qué le mentía?

—Lamento haberte molestado —dijo al cabo—. Vámonos, Clattia.

Caidin y la nativa se dirigieron hacia la puerta.

—¡Esperad! —llamó Uyus.

El terrestre se volvió.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó.

—Dime dónde te hospedas. Quisiera ir a hacerte una visita de cortesía —manifestó Uyus.

—En mi casa —contestó Clattia impulsivamente.

—Gracias. Pronto amanecerá —sonrió el hombre—. A la tarde tendré el placer de tomar una copa en tu compañía.

Caidin ya no dijo nada. Abrió la puerta y salió junto con Clattia. Pero en lugar de echar a andar, se quedó junto a la entrada.

Clattia le miró extrañada. Él le hizo señas de que guardase silencio.

La muchacha asintió. Caidin entreabrió la puerta. Una voz irónica llegó a sus oídos.

—Lo has hecho muy bien, Shod-Uyus.

—Tú me has obligado a ello, maldito —protestó el interpelado.

Sonó una risita.

—Me costó un poco averiguarlo, pero al fin lo conseguí. ¿Quién, si no el más fiel escribano de Sthuvros, podría guardar su testamento? Pero ahora está en mi poder…

—Es como si no lo tuvieras. Sólo su destinataria puede abrirlo.

— ¡Qué cosas tienes! —Hequus seguía riendo—. Bien, Uyus, lo siento, pero ya no me sirves para nada.

Una pistola térmica chasqueó siniestramente. Caidin golpeó la puerta con el hombro e irrumpió en la casa nuevamente.

Hequus, pasmado, le miró unos instantes. Caidin vio que tenía su pistola térmica en la mano derecha y en la otra un gran tubo de metal dorado. Pero también él estaba armado.

Disparó. La bala hizo un redondo agujero en la yugular de Hequus.

CAPÍTULO XI

Los pies de Hequus se movían todavía, cuando Caidin se inclinó y recogió del suelo aquel tubo que parecía de oro. Medía casi un metro de largo por diez centímetros de diámetro y en sus extremos aparecían sendas reproducciones del sello de Sthuvros, las mismas figuras que él tenía en el medallón que se había vuelto negro.

El metal aparecía absolutamente liso, sin la menor señal de soldadura en sus superficies planas, como tampoco en la cilíndrica. A Caidin le pareció debía de contener algún documento de importancia. Pero, por el momento, no era tiempo de romper la envoltura, aparte de que recordaba muy bien las palabras de Shod-Uyus: «*Sólo su destinataria puede abrirlo*».

Era una respuesta un tanto ambigua, enigmática. Tal vez Uyus había querido decir que sólo Perla podría hacer funcionar el mecanismo de apertura del tubo. En todo caso, ya lo verían al llegar a la taberna.

—Vámonos, Clattia.

Salieron nuevamente a la calle. La muerte de Shod-Uyus y la de Hequus tardarían en hacerse públicas. Tenían la ventaja del tiempo a su favor.

—Kevie, creo que tengo una idea de cómo funcionan esos tubos —dijo Clattia mientras caminaban hacia la taberna.

—Interesante. Habla, por favor.

—Se necesita al destinatario. Este debe poseer una llave especial, ejemplar único, que ni siquiera puede reproducirse. La cerradura, esté donde esté, sólo funciona con la llave auténtica.

—Bien, se la pediremos a Perla...

—El testamento está hecho a su favor. Quizá no le interese divulgar sus términos.

Caidin hizo un gesto de aquiescencia.

—Tienes razón, no había caído en ello —sonrió—. Bien, de todas formas, ya he cumplido la misión que me trajo aquí, salvo por un extremo.

—¿Te falta algo por hacer?

—Sí, vengar la muerte de mi amigo Sthuvros.

—Y la de Uyus.

—Hequus lo amenazaba mientras hablaba con nosotros. Ahora lo comprendo, pero entonces no supe verlo —dijo Clattia.

—Eran demasiadas negativas. Además, me preguntó por mi alojamiento. Hequus debió de darse cuenta de que llegábamos y le dio instrucciones para su diálogo conmigo.

Momentos después, llegaban a la taberna, en la que entraron por una puerta lateral. Había algunas luces en la sala. Nodhuham estaba sentado en un sillón.

—Hola —dijo Clattia alegremente—. Ya estamos de vuelta.

Nodhuham guardó silencio. De pronto, Caidin se dio cuenta de que tenía las manos aferradas a los brazos del sillón.

Una súbita sospecha invadió su mente. Se acercó al sillón y dio la vuelta. En el acto, sintió un terrible frío en la espalda.

—Clattia, no te acerques —dijo envaradamente.

La nativa le miró con curiosidad.

—Lo siento —añadió él—. Nodhuham está muerto.

Clattia se metió las manos en la boca, para no prorrumpir en un alarido de horror. Caidin dejó el tubo a un lado, sujetó a Nodhuham por un hombro y, con la otra mano, arrancó la flecha trifoliada que se le había hundido en el corazón a través del respaldo del mueble.

La sangre goteó lentamente al suelo. De pronto, Caidin concibió una horrible sospecha.

Como un loco, corrió al piso superior. Entró en el dormitorio de Perla.

Después de lo que había visto, ver que la muchacha había sido secuestrada por segunda vez, le resultó absolutamente lógico.

Muy despacio, abrumado por lo que consideraba una catástrofe, bajó a la sala. Clattia sollozaba, arrodillada junto al cadáver de su hermano.

Caidin reparó en el cilindro dorado y juzgó que lo mejor era esconderlo en un lugar seguro. Minutos más tarde, se acercó a la muchacha y la hizo ponerse en pie.

—Tenemos que irnos —dijo—. Este ya no es lugar seguro para nosotros.

Clattia asintió. De repente, sonaron unos fuertes golpes en la puerta.

Caidin tiró de la mano de Clattia y echó a correr en busca de la salida posterior. Pero apenas había abierto la puerta, se encontró de frente con un pelotón de soldados, al mando de un oficial.

Seis pistolas térmicas apuntaban a su cuerpo. El oficial dijo:

—¡Daos presos en nombre del rey Kanix!

Caidin vaciló un momento. No, no había forma humana de resistir al arresto.

Lentamente elevó las manos a la altura de los hombros. Dos soldados avanzaron hacia él y le desarmaron. Luego echaron sus brazos atrás y le unieron las muñecas con un par de argollas metálicas.

—Vamos, camina —ordenó el oficial.

Caidin se dio cuenta de que el oficial no había tomado ninguna

decisión con respecto a Clattia.

—¿Y ella? —preguntó.

Por toda respuesta, el oficial sacó su pistola térmica y apretó el gatillo.

Clattia gritó. Fue un grito muy breve; los efectos de una descarga térmica solían ser fulminantes.

Caidin apretó los labios.

—Por favor —solicitó—, dime tu nombre, oficial.

—¿Te interesa? —rió el nativo.

—Sí, claro…

—Me llamo Rhynnis. Esta captura me valdrá un ascenso, créeme.

—Gracias, Rhynnis; el día en que te retuerza el cuello como a un pollito, podré decir que no desconozco la identidad de un asesino.

—Bah —refunfuñó el oficial—, palabras, palabras… ¡Vamos —gritó—, en marcha!

Dos soldados empujaron a Caidin. El terrestre cerró la boca. Empezó a preguntarse si la amenaza proferida contra Rhynnis no era una simple baladronada.



—Te he respetado la vida, pero no ha sido por humanitarismo, compréndelo —dijo Kanix.

Caidin se encogió de hombros. Todavía estaba con las manos atadas a la espalda. Kanix no era tan confiado como Hequus.

—Admito que he querido deshacerme de Perla Uttis —continuó Kanix—. Seguramente, desconoces los motivos, ¿no es así?

—No serán motivos altruistas, supongo —contestó el prisionero.

Kanix sonrió. Era un hombre de aventajada estatura, joven todavía y de agradable aspecto.

—Pensándolo bien, me conviene que Perla continúe con vida. Y tú también —dijo.

—¿Por qué no hablas claro de una vez? —pidió Caidin.

—Está bien. Dime qué has oído sobre el «xhitrus». Porque estoy seguro de que Clattia y su hermano te habrán dicho algo sobre el particular.

—Es un combustible de gran poder energético y que no emite radiaciones durante el proceso de fisión en el reactor nuclear. Eso es todo lo que sé —contestó el prisionero.

—No es mucho —dijo Kanix llanamente—. Pero todo lo que has dicho es rigurosamente cierto, salvo que es relativamente barato de obtener, una vez construidas las instalaciones necesarias para su extracción y refino. Las naves actuales necesitan decenas de kilos de

material fisible para activar sus reactores nucleares, que son los que proporcionan la energía motriz necesaria. Y siempre hay el peligro de radiación, tú lo sabes bien.

—Es cierto. ¿Qué más?

—La proporción energética del «xhitrus» respecto al combustible convencional de plutonio es de mil a uno. Y no emite radiaciones. Es la fisión pura, el aprovechamiento íntegro de la energía contenida en la masa. Tú debes saberlo bien; eres astronauta.

Caidin se quedó con la boca abierta.

—Mil a uno —dijo.

Kanix sonrió.

—Exactamente. La carga media de un reactor nuclear oscila entre los cincuenta y doscientos cincuenta kilos de material fisible. Con el «xhitrus» la cosa varía sensiblemente, a favor de éste; según el tipo de reactor, bastan con cincuenta gramos de «xhitrus»; un cuarto de kilo para los generadores de mayor potencia. ¿Lo entiendes ahora?

—Las naves podrán desprenderse de decenas de toneladas de blindaje antirradiactivo —dijo Caidin.

—Exactamente —confirmó Kanix—. Hay naves en las que el blindaje alcanza un peso de cincuenta o sesenta toneladas. En el suelo no se precisa tanto, porque uno puede poner distancia entre sí mismo y el reactor; en el espacio no se puede optar por esa solución.

—Cincuenta toneladas de blindaje son cincuenta toneladas más de carga —dijo Caidin.

—Sí. O bien una nave más pequeña, pero, por lo mismo, más veloz. Y no habrá tanto derroche de energía, sobre todo en los momentos de transición del espacio normal al subespacio.

—Voy comprendiendo. Ahora sólo falta que me digas que sólo hay «xhitrus» en Nuevo Saturno.

Kanix se echó a reír.

—Eres listo. Por eso estás vivo, contra la opinión de Hequus.

—Hequus hizo todo lo posible por quitarme de en medio — rezongó el prisionero.

—Era un poco anticuado —calificó Kanix.

—Tal vez, aunque yo diría que te sientes muy aliviado sin él. Podía resultar peligroso algún día, ¿no crees?

—Sí, eres muy listo, Caidin. Pero no me faltará un ministro más dócil. A fin de cuentas, lo principal está hecho ya, es decir, tengo el poder y soy el dueño de los yacimientos y la fábrica de «xhitrus». Por eso te necesito.

—¿A mí? Sólo soy un modesto astronauta...

—Vamos, vamos, no nos engañemos. Eres un armador de bastante importancia y con numerosas relaciones en distintos sistemas solares. Necesito de un hombre de tus cualidades.

—¿Para qué? —preguntó Caidin.

—Para el transporte y distribución de «xhitrus», tras la oportuna campaña de propaganda, en la cual tus naves tendrán un papel preponderante. A cambio de ello, te concederé la exclusiva de los viajes con Nuevo Saturno y un cinco por ciento en los beneficios de la venta del nuevo combustible. Terrestre, creo que es una proposición más que generosa. ¿Qué me contestas?

Caidin meditó unos instantes. Era la riqueza, pero... ¿para qué quería más dinero? Tenía suficiente con el que ganaba y el poder que engendraba el dinero no era cosa que le llamase la atención. Pero, además, había otros motivos para rechazar la propuesta de Kanix.

—Lo siento, no puedo aceptar —dijo al cabo.

Sobrevino una intensa pausa de silencio. Kanix miraba fijamente al hombre que tenía ante sí. Su actitud le parecía incomprensible.

—No sólo te ofrezco la vida, sino la forma de obtener una inmensa fortuna —dijo.

—No, no puedo aceptar.

—Dame alguna razón, al menos.

—Varias —contestó Caidin—. La primera es que no puedo establecer un pacto con el hombre que hizo asesinar a un amigo como Sthuvros.

—Sthuvros se cayó por un acantilado —gritó Kanix.

—La segunda razón es que te has erigido rey, sin seguir el procedimiento acordado. Has dicho ser heredero de Sthuvros, pero no has mostrado el menor documento que pruebe tu derecho. Si tu derecho es incuestionable, ¿por qué no lo sometes a la aprobación de la asamblea de jefes y subjefes de tribu del sistema?

—Caidin, no eres tú a quien yo he de dar explicaciones de mis actos —respondió Kanix con voz cortante.

El terrestre se encogió de hombros.

—Y, además, varios de mis amigos han muerto también asesinados —agregó—. La misma señora Uttis murió de un flechazo...

—Confieso mi error. Más tarde pensé que no debía haber dado esa orden —dijo Kanix.

—Es igual. No puedo aceptar.

—Estás pronunciando tu propia sentencia de muerte, Caidin.

—Y la ejecutará Rhynnis. ¿Será ése tu nuevo ministro? —preguntó el prisionero burlonamente.

—Deja a Rhynnis en paz. Contesta de una vez, sí o no. Ya no habrá más oportunidades para ti —exclamó Kanix con acento colérico.

—Ya tienes mi respuesta —dijo Caidin fríamente.

—Está bien. Ahora mismo...

Alguien llamó a la puerta y Kanix se interrumpió.

—¡Adelante!

Rhynnis entró en la sala.

—Señor, lamento informarte que no hemos encontrado por ninguna parte el tubo sellado que nos encomendaste buscar —dijo.

Kanix frunció el ceño.

—Está bien, retírate —ordenó, tras unos segundos de reflexión.

El oficial salió. Kanix y el prisionero quedaron nuevamente a solas.

—Tú has escondido el tubo de oro —dijo Kanix.

—No sé de qué me hablas —contestó el terrestre.

—Está bien, de todas formas, ¿qué importa? Caidin, estás sentenciado a muerte. Pero antes debes conocer las causas por las cuales he respetado la vida de Perla Uttis.

—Sí, resultará interesante —convino Caidin con voz neutra.

—Es la hija de Sthuvros. Mañana se convertirá en mi esposa —dijo el usurpador.

CAPÍTULO XII

Caidin se sentía muy incómodo tumbado en la cama de la celda en donde había sido encerrado, tras su conversación con Kanix. Todavía tenía las argollas en torno a las muñecas y sus brazos continuaban a la espalda.

Kanix no le había dicho qué género de muerte iba a sufrir. Tal vez le enviarían a la Caverna del Viento Letal.

O, simplemente, haría que le disparasen una descarga térmica.

Tumbado boca abajo, forcejeó para ver de librarse de las ligaduras de metal. Las argollas se ajustaban casi exactamente a sus muñecas, de modo que era imposible hacer pasar siquiera una mano a través de uno de aquellos aros de metal.

Sin embargo, estaban unidas por una cadena de varios eslabones de unos tres centímetros de diámetro. De pronto, se sentó en el suelo.

Pasó primero las manos por debajo de las posaderas. Luego, flexionando las piernas cuanto pudo, consiguió que sus brazos quedaran delante del cuerpo.

Así pudo examinar mejor la cadena. En el centro había un eslabón cerradura. Después de unos segundos, juntó las manos y estiró los pulgares.

Presionó con fuerza. De pronto, oyó un chasquido.

Las argollas cedieron. Caidin sonrió al verlas caer al suelo. La cerradura era de presión, un tanto ingenua, aunque su constructor no había pensado en un hombre con los miembros tan flexibles como los suyos.

El problema, sin embargo, no estaba resuelto todavía por completo.

Seguía encerrado en la celda. La puerta era de metal, sin el menor orificio en la parte interior. Y no había ventanas, sino un simple respiradero, un tubo de sección cuadrada, de no más de veinte centímetros de lado.

Le habían despojado de todas sus armas, excepto de una: su inteligencia.

Esperó pacientemente. Un momento u otro vendrían a buscarle.

Cuando ya desesperaba de ello, oyó ruido en la puerta.

De un salto, se situó junto a la entrada. Alguien abrió;

—Quédense afuera —dijo Rhynnis.

El oficial entró con paso resuelto. Una mano golpeó la muñeca armada en que tenía la pistola. Una rodilla se elevó venenosamente hasta su ingle. Rhynnis gimió al caer por tierra.

Caidin se apoderó de la pistola. Cuando Rhynnis iba a levantarse,

le golpeó con la rodilla por segunda vez.

La pistola apuntó al cuerpo del neosaturniano. Caidin pudo contenerse en el último instante. Él no era un asesino, como Rhynnis.

El oficial había cometido una imprudencia al entrar solo en el calabozo. O tal vez era una consecuencia de las órdenes recibidas: la ejecución del prisionero debía realizarse con el máximo secreto.

Caidin se acercó a la puerta, con la pistola en la mano.

—¡Socorro! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡El prisionero me ataca!

La puerta se abrió. Dos soldados irrumpieron en la celda. Caidin movió la pistola dos veces, muy rápido.

El cañón era grande y pesado. Dos cuerpos humanos se desplomarán instantáneamente.

Caidin estudió unos instantes a los soldados. Al fin, eligió al más corpulento. Rhynnis era de mediana estatura y de complexión más bien delgada.

Minutos después, convertido en un soldado de Kanix, abandonaba la celda. Siguió el corredor, alcanzó una escalera y llegó al piso superior.

Estaba en un amplio vestíbulo. Al fondo se divisaba la calle. Ya era de día.

Pero Perla estaba en aquel edificio. No podía marcharse sin la muchacha, de modo que dio media vuelta y se dirigió a la escalera que conducía al otro piso.

En el camino se encontró con algunos soldados. Nadie prestó demasiada atención a un hombre vestido con un uniforme harto corriente.

De pronto, divisó a un soldado delante de una puerta. El instinto le hizo saber que Perla estaba al otro lado.

—Hola —dijo—. Vengo a relevarte.

El soldado le miró con asombro.

—¿Relevo? —exclamó—. Pero si no hace ni diez minutos que estoy aquí.

Caidin le guiñó un ojo.

—La chica está ahí, ¿no es cierto?

—Sí, pero no puedo dejar mi puesto mientras no me lo ordene Rhynnis en persona.

—Hay alguien que manda más que Rhynnis, amiguito —dijo Caidin, a la vez que sacaba su pistola y la apoyaba en el estómago del soldado—. Por ejemplo, yo.

El centinela se quedó atónito. Antes de que pudiera recobrarse de la sorpresa, Caidin le desarmó.

—Media vuelta y abre —ordenó.

El mandato fue obedecido sin replicar. Apenas vio que se abría la

puerta, Caidin golpeó al soldado con el cañón de la pistola.

Perla estaba en pie, en el centro de la habitación que le había sido asignada. Oyó ruido, volvió la cabeza y vio a un hombre que caía eh el umbral.

Detrás pudo ver un rostro conocido.

—¡Kevie! —exclamó.

Caidin entró y cerró la puerta. Perla corrió y se colgó de su cuello.

—No pensaba verte más —dijo la muchacha, inmensamente feliz.

Caidin sonrió.

—Tú ibas a casarte esta mañana. A mí me iban a ejecutar —contestó.

—¿Por qué? —se aterró ella.

—Cuestión de conciencia. Pero he podido escapar, por fortuna.

De pronto, Caidin reparó en las flotantes vestiduras de la muchacha.

—¿Qué ropa llevas? —preguntó.

—Me la ha enviado Kanix. Dijo que es la que debo llevar puesta para la ceremonia.

—Le gustan los trajes de novia, ¿eh? Bien, pero me parece que todavía no es hora de usarlo. ¿Dónde están los otros ropajes?

—Allí...

—Cámbiate, pronto; nos iremos en seguida.

—Sí, querido.

Caidin respingó al oír la respuesta. Pero Perla corría ya al fondo de la estancia.

—Kevie —dijo ella, mientras se despojaba del largo vestido—, ¿ya sabes quién soy?

—Me lo dijo Kanix —contestó Caidin, vuelto de espaldas.

—¿Crees que puede ser cierto?

—Tienes el medallón. ¿No estimas que es una prueba más que suficiente?

—Sí, pero mi madre no me habló nunca de que se hubiera casado...

—Sthuvros estuvo en la Tierra a poco de cumplir los veinte años. Tu madre debía de tener la misma edad, quizá un año o dos menos. Era, probablemente, el primer viaje de un neosaturniano a nuestro planeta. Yo andaba entonces por los diez años, más o menos, y recuerdo que fue entonces cuando se empezó a hablar de Nuevo Saturno. Sthuvros vino en viaje de estudios, ciencias, artes, letras, pero, sobre todo, estudio de la política. No (olvidemos que ya nació jefe de tribu y, por tanto, estaba destinado a gobernar un buen pedazo de Nuevo Saturno.

—Sí, eso explica el viaje de mi padre a la Tierra —convino Perla

—. Pero mi madre nunca me habló de él, salvo hasta el último momento...

—No se puede saber nunca lo que pasa en la mente de una persona —contestó Caidin filosóficamente—. Quizá sintió resentimiento por haber quedado abandonada con un hijo..., o tal vez estuvo esperando al amante que ya no iba a regresar jamás. No se lo reproches ni a uno ni a otro; sus acciones son algo que sólo ellos mismos pueden juzgar... dondequiera que estén ahora.

Perla se acercó al terrestre y le puso una mano en el brazo.

—Me has convencido —sonrió—. Pero resulta fantástico, casi, increíble, ser la hija de un rey de un sistema planetosatelitario.

—Su heredera, por tanto.

—No puedo demostrarlo. El medallón no es suficiente; falta el testamento...

—Está guardado —dijo Caidin.

—¿Dónde?

—Ya lo sabrás en el momento adecuado. ¿Has terminado?

—Sí, Kevie.

Caidin contempló unos instantes a la muchacha. Ella vestía ahora una sencilla blusa y pantalones cortos. El pelo estaba recogido por una cinta en la nuca. El calzado consistía en unas sandalias sin tacón.

—¿Qué me miras? —sonrió Perla.

—Estás guapísima —dijo él—, Pero ya no podemos perder más tiempo. Nos vamos.

—¿Hacia dónde, Kevie?

—Atacaremos por sorpresa, por donde menos nos aguarden —contestó él—. Buscaremos a Kanix y...

De repente sonaron unos golpes en la puerta. Perla se alarmó.

Caidin le hizo un gesto con la cabeza, que ella entendió rápidamente. La muchacha se situó frente a la entrada, mientras él se colocaba a un lado, con la pistola a punto.

Los golpes se repitieron.

— ¡Adelante! —dijo Perla.

La puerta se abrió. Un hombre entró y se inclinó profundamente ante la joven.

—Señora, el rey me envía a recogerte para la ceremonia —dijo.

—¿Qué ceremonia? —preguntó Perla. Con el rabillo del ojo, vio que Caidin le hacía determinadas señas. «Dale cuerda», decía el terrestre silenciosamente.

El oficial se enderezó.

—La de tu boda, por supuesto —dijo.

—¿Mi boda? ¿Con quién?

—¡Señora! ¡Con el rey!

—¡Pero si yo ya estoy casada con seis reyes y tres príncipes! ¿Para

qué quiero un marido más?

El oficial estaba atónito.

—¿Cómo? ¿Tienes nueve esposos? —exclamó.

—Y soy viuda de cuatro más. Pobres, eran tan buenos... Por eso me dije que no iba a casarme nunca más y que ya tenía bastante con mis nueve maridos.

—Pero el rey ha dispuesto...

—No me importa lo que haya dispuesto el rey. Yo no quiero casarme con él. Además, es muy viejo.

—¡Señora, Kanix tiene sólo cuarenta años...!

—¡Pero son años de Nuevo Saturno, lo que representan cinco veces más edad que en la Tierra! Además, ha estado manejando el «xhitrus», ¿no?

—Eso supongo, aunque yo no... —El oficial estaba cada vez más desconcertado y ya no sabía qué decir. Escondido tras la puerta, Caidin se tronchaba de risa.

—Entonces, está perdido. Diga lo que diga, el «xhitrus» emite unas radiaciones mortales. Cuando vuelvas, mírale la piel. Seguro que ya la tiene del color de pescado muerto y se le cae a pedazos. ¿Cómo voy a casarme con un hombre de doscientos años y que, además, está muriéndose en pie?

El oficial giró sobre sus talones y echó a correr. Caidin abandonó el escondite y agarró a la muchacha por un brazo.

—Has estado muy bien —dijo—. A Kanix se le van a poner los pelos de punta en cuanto oiga a su oficial.

Perla le miró, risueña.

—Me pareció que... Pero, ¿qué hacemos, Kevie? —inquirió, repentinamente aprensiva.

—Vamos, salgamos de aquí cuanto antes. Hemos de sorprender a Kanix y acabar cuanto antes con este asunto.

Echaron a correr. Perla había estado una vez en las habitaciones de Kanix y conocía la disposición interior del edificio. Pero, de pronto, apenas habían recorrido una cincuentena de metros, oyeron una voz a sus espaldas:

— ¡Quietos! ¡No sigáis o disparo!

Caidin creyó reconocer la voz.

—¿Rhynnis? —preguntó, sin volverse.

—Sí, el mismo.

—Muy pronto has escapado de tu encierro.

—Tuve suerte —contestó el esbirro lacónicamente—. Señora —se dirigió a Perla—, haz el favor de apartarte. Voy a matar al hombre que te acompaña.

CAPÍTULO XIII

Pero en lugar de obedecer, Perla se pegó aún más al cuerpo de Caidin.

—Si disparas contra él, yo también moriré —dijo.

—¡Señora, por favor!

Caidin continuaba todavía vuelto de espaldas a Rhynnis. Perla giró sobre sus talones y cubrió el cuerpo de Caidin con el suyo.

—Tira el arma —dijo.

—No puedo. Tengo órdenes...

—¿Sabes quién soy? ¿Te das cuenta de lo que te puede suceder, por desobedecer mis órdenes?

—Sólo obedezco las órdenes de Kanix.

—Y él le ha dado orden de matarme. Perla —dijo Caidin por encima del hombro.

—Exacto —corroboró Rhynnis—. Obvio es decir que voy a cumplir esa orden por encima de cualquier consideración.

—Kanix ha inventado un nuevo cargo en su corte: asesino real —exclamó el terrestre sarcásticamente.

De repente, se oyó un confuso griterío en el exterior.

—¿Qué pasa? — preguntó Perla, extrañada.

Rhynnis se distrajo un instante. Caidin aprovechó la ocasión y, girando sobre sí mismo, se dejó caer al suelo, pero sin soltar la pistola.

Se oyó un rugido de rabia. Rhynnis quiso disparar, pero Caidin se le anticipó. El grito de furor se transformó en un brevísimo alarido de agonía.

Caidin se puso en pie. Perla evitó mirar al retorcido cuerpo que yacía a pocos pasos de distancia.

El clamoreo sonaba cada vez más fuerte. Caidin corrió hacia una ventana y vio a numerosos grupos de gente que se dirigían hacia la residencia.

Al frente del gentío iban personas que él conocía bien: Azelia, Balos... Los arcos y las flechas trifoliadas se confundían con las larguísimas lanzas de los cazadores de osos gigantes.

—Parece que nuestros amigos reaccionan —dijo el joven, satisfecho.

Los asaltantes chocaron contra la guardia de Kanix. Hubo un breve y encarnizado combate y luego, en pocos minutos, el paso quedó libre.

Un poco antes, Kanix había hablado con el oficial que debía acompañar a su futura esposa. Kanix había oído el informe sin dar crédito a su portador.

—¡Nueve esposos, señor! Y cuatro más se le han muerto... Esa mujer que quieres hacer reina, es insaciable... No te cases con ella, te lo ruego.

—Imbécil —gritó Kanix—. Te ha engañado, ¿comprendes? Además, aunque de verdad tuviese nueve maridos, igual me casaría con ella. Me conviene, ¿sabes?

—¿De qué te servirá, señor? Vas a morir muy pronto...

Kanix respingó.

—¿Qué estás diciendo, estúpido? ¿De dónde has sacado esa solemne majadería?

—Lo ha dicho ella... Tienes ya doscientos años y las radiaciones del «xhitrus» te han atacado mortalmente... El color de tu piel...

—¿El color de mi piel? ¡Pero si es normal! ¡Pero si el «xhitrus» no emite radiaciones de ninguna clase! Hotyos, tengo la sensación de que te han tomado el pelo lindamente.

—Señor, ella hablaba muy en serio...

Kanix lanzó una sonora maldición.

—Eso lo vamos a ver ahora mismo —barbotó.

Y avanzó hacia la puerta, pero entonces fue cuando se oyó el griterío en el exterior.

Kanix se acercó a una de las ventanas. Vio lo que sucedía y se puso lívido.



Caidin corrió en busca de las habitaciones de Kanix, guiado por la muchacha. Cuando ya llegaba a su objetivo, se abrió una puerta.

Hotyos salió al corredor.

—No sigas —dijo.

Empuñaba una pistola, Caidin le miró fijamente.

—Estás protegiendo la huida de un asesino —adivinó.

—Kanix es mi rey —contestó el oficial.

Caidin meneó la cabeza.

—Tu lealtad es admirable, pero está dirigida a un hombre que no se la merece —dijo—. ¿No era Sthuvros también tu rey?

Hotyos vaciló.

—Apártate —insistió Caidin—. No protejas con tu vida a quien no merece ni siquiera una sonrisa de simpatía.

Algo voló de pronto por los aires y golpeó la cara del oficial. Hotyos vaciló, lo que aprovechó Caidin para saltar sobre él y derribarle de un buen puñetazo.

—También una sandalia puede ser un arma arrojadiza —dijo Perla riendo, mientras corría a recobrar la que había lanzado contra

Hotyos.

Caidin rió también. Luego, saltando por encima del inanimado cuerpo del oficial, penetró en la estancia.

Kanix había desaparecido.

De repente, Caidin oyó un enorme griterío en el exterior.

Corrió hacia la ventana. Decenas de arqueros disparaban flechas hacia lo alto. Levantó la cabeza y vio un helimóvil que escapaba a toda velocidad.

El único tripulante agitó una mano en señal de burla. Caidin lanzó una maldición.

—¡Se ha escapado!

Los gritos sonaban ya en el interior del edificio. De pronto, Caidin notó que Hotyos empezaba a rebullir.

—Vamos, despierta —dijo, zarandeándole bruscamente—. ¿Por dónde ha escapado Kanix?

Hotyos, todavía aturdido, señaló una puertecita que había al fondo de la sala. Caidin corrió hacia ella, abrió y divisó una escalera de peldaños verticales, sujetos a la pared de una especie de tubo de sección cuadrada y de no más de un metro de anchura.

Inmediatamente, empezó a trepar hacia las alturas. Poco después, salía a una vasta terraza, en donde vio varios helimóviles.

Saltó hacia uno de ellos y ya lo iba a poner en marcha, cuando, de repente, notó una especie de presentimiento. Era el más cercano al tubo de escape y se apeó para examinar sus propulsores.

Los mandos estaban desconectados. Caidin se felicitó de no haber despegado en aquel aparato; a los pocos metros, habría caído a plomo desde las alturas.

Buscó otro helimóvil. Comprobó que se hallaba en perfectas condiciones y se dispuso a levantar el vuelo.

Alguien le llamó desde la entrada:

—¡Kevie!

Caidin volvió la cabeza. Era Perla.

Tras la muchacha, aparecieron otras caras conocidas. Caidin sonrió, a la vez que agitaba la mano.

—Lo siento, no puedo perder el tiempo en explicaciones —dijo.

Sentóse en uno de los sillones y dio el contacto. Empuñó la palanca y el aparato se alzó de un salto.

Caidin había tomado nota de la dirección que llevaba Kanix al escapar. Podía adivinar sus intenciones.

Kanix se dirigía a la cordillera de Mawarath. Había una tropa escogida que guardaba las instalaciones de producción del «xhitrus». Con aquellos soldados, Kanix confiaba en contraatacar y recobrar el poder que estaba a punto de perder.

* * *

El suelo se deslizaba velozmente bajo el helimóvil. Caidin abandonó las fértiles llanuras próximas a la capital y se adentró en las primeras estribaciones de la cordillera.

El terreno era sumamente accidentado. Abundaban los lagos y las corrientes de agua. Se veían saltos y cascadas por todas partes. Era un paisaje de indescriptible atractivo, pero Caidin no estaba en aquellos momentos para contemplar las bellezas naturales de Nuevo Saturno.

Con los propulsores al máximo y las agujas de los indicadores en el rojo, Caidin siguió su vuelo, ganando altura muy oblicuamente. Estaba seguro de que Kanix no había forzado tanto la marcha de su helimóvil, temeroso de una explosión de los generadores. Y le convenía ganar altura, para el momento del encuentro.

De repente, vio el aparato de su enemigo.

Kanix volaba a unos cientos de metros por debajo de él. En aquel momento, se adentraba por un enorme desfiladero, de paredes empinadas, casi verticales. Al fondo, se divisaba un gran lago, en el centro de una hoya gigantesca.

Caidin hizo descender a su aparato. La velocidad aumentó vertiginosamente. Ahora se felicitaba de haber ganado altura; aquellos centenares de metros le iban a permitir alcanzar al traidor.

El helimóvil descendió en un picado no demasiado pronunciado. Pero su velocidad se había acrecido en un veinte por ciento al menos. El aparato de Kanix aumentó rápidamente de tamaño.

De repente, Kanix pareció presentir la inminencia de un peligro y se volvió.

Un grito de furor escapó de sus labios, al darse cuenta de la proximidad de su perseguidor. Sacó la pistola y disparó una vez, pero sin tomar puntería por la precipitación, con lo que el proyectil se perdió inofensivamente en las alturas.

Kanix soltó los mandos. El aparato podía volar perfectamente en línea recta. Escorzó el cuerpo violentamente y apuntó con todo cuidado.

En él último instante, cuando ya salía el tiro, Caidin desvió su aparato ligeramente. El proyectil térmico zumbó oscuramente a un metro de distancia.

Kanix ya no tenía tiempo de hacer fuego nuevamente. El otro helimóvil cayó sobre el suyo. No fue un choque directo, sino más bien un roce fuerte. El helimóvil de Kanix salió rebotado a un lado.

Kanix aulló de pavor. Quiso empuñar los mandos de nuevo, pero ya era tarde.

El aparato chocó contra un muro rocoso. Rebotó y perdió altura.

Desesperadamente, Kanix trató de recobrar el control del aparato, pero un segundo empujón le hizo voltear en el aire, a más de trescientos metros del suelo.

El helimóvil chocó contra el muro del otro lado. Volvió a rebotar y ahora, ya sin gobierno, empezó a caer, dando vueltas en el espacio.

Caidin se remontó ligeramente, a la vez que refrenaba la velocidad de su helimóvil. Se inclinó a un lado. En aquel momento, a más de trescientos metros de profundidad, surgía un vivísimo chispazo anaranjado.

Respiró profundamente, mientras, ya sin prisas, viraba en redondo.

—¡Sthuvros, ya estás vengado! —murmuró.



—Me gustaría saber por qué nos han congregado en una taberna —refunfuñó Balos.

—La convocatoria viene de la hija de nuestro auténtico rey, ¿no es así? —dijo Azelia—. Y, por otra parte, ¡qué más da una taberna que cualquier otro sitio!

Caidin estaba encima de un gran barril, cuya tapa superior había dejado a un lado. De pronto, sacó un tubo dorado, que enjugó con la ayuda de un paño que le dio Perla.

—Aquí está el testamento de Sthuvros —anunció.

Había casi dos centenares de personas en la taberna, jefes y subjefes de tribu. Perla se hallaba en un lugar preferente. Según la ley, debía ser confirmada en su puesto por los reunidos.

—Perla, aplica tu medallón a la base del tubo —dijo Caidin.

Ella obedeció. El grabado de aquel extremo coincidía perfectamente con el del medallón de la muchacha.

Caidin hizo lo propio con el suyo, por el extremo opuesto. De repente, se oyó un chasquido.

El tubo se abrió en toda su longitud. Un documento enrollado apareció a la vista de todos los presentes.

Caidin se lo entregó a la muchacha.

—Léelo —indicó.

Ella, muy emocionada, asintió. Por consejo de algunos de los presentes, se subió a una mesa.

Empezó a leer:

—«Yo. Sthuvros, rey de Nuevo Saturno y de sus cinco satélites, en virtud de las leyes y de las atribuciones que me han sido conferidas por los representantes de las tribus del sistema, dicto este testamento para que se cumpla, si dichos representantes estiman justas mis

disposiciones sobre la herencia de mis títulos, cargo y autoridad.

«"Por tanto, y confiando en que mis iguales y hermanos, los jefes y subjefes de tribu, aprobarán este mi testamento, nombro como heredero a Kevor Caidin, de la Tierra. Así se cumpla. Así se le acate."

Hubo un instante de silencio.

Caidin tenía los ojos fuera de las órbitas.

—No es posible —murmuró.

Miró a Perla. La muchacha, sonriendo dulcemente, le devolvió la mirada.

—Todavía hay más —dijo Perla—. El testamento dice que sería muy conveniente que te casaras conmigo.

De repente, estalló un fenomenal griterío. Caidin se sintió alzado en vilo.

—¡Rey! ¡Rey! ¡Rey! —rugían los espectadores.

Otros cargaron con la muchacha y la pasearon en hombros por el interior de la sala.

—Kevor es nuestro rey —era el grito unánime.

Caidin acabó por sonreír. Consiguió subir a una mesa. Perla saltó a su lado.

—¿Aceptas? —preguntó ella.

Caidin levantó una mano.

—¿Me aceptáis? —consultó.

Doscientos brazos se levantaron simultáneamente.

Caidin respiró con fuerza.

—Será una responsabilidad muy grande —dijo.

Perla cogió su mano.

—Te ayudaré en la medida de mis fuerzas —prometió.

Caidin paseó la vista por la entusiasmada concurrencia. Eran gentes honestas, sencillas, fieles... Se merecían un honesto gobierno, pensó, mientras ceñía con un brazo el talle de la muchacha. Y trabajaría con todas sus fuerzas, con Perla a su lado, para gobernar rectamente a quienes tanto confiaban en él.

F I N

